

PUNTO
ROJO

BB



LA ZARPA

silver kane

LA ZARPA

PR Nº 29

Autor: Silver Kane

UUID: ab1818c9-9196-44dd-b103-de3ce767f8b1

Generado con: QualityEbook v0.82

La ZARPA

per
SILVER KANE



UNO

RECUERDO aquello como una extraña pesadilla. Mil veces me he despertado sudoroso por las noches y he pensado en ella, en la muchacha que conocí aquella tarde. Y mil veces me he jurado que nunca más volvería a tratar a otra mujer.

Todo empezó, sin embargo, de una forma que podría considerarse normal. Empezó en una tibia tarde de otoño, en Nueva York, hace ahora exactamente un año.

Me habían ascendido a redactor jefe del «Star», con un sueldo de veinte mil dólares al año. Era un buen pellizco, y a mí me parecía que el mundo entero había pasado a ser mío a partir de aquel momento. Estaba eufórico. Anduve de bar en bar celebrándolo con algunos compañeros, pero a mí la bebida nunca se me ha dado bien. Al cabo de un rato me puse melancólico y empecé a pensar —cosa extraña— en todas las personas a las que conocía y que habían muerto. Mis amigos me fueron dejando solo.

He de decir que hasta aquel momento yo no conocía el ambiente del vicio de Nueva York.

No, no estoy hablando por hablar. Existe un vicio que yo no conocía ni conoces tú, amigo lector, ni conocen la mayor parte de las personas sensatas del mundo. Pero aquella tarde tropecé con él; sí, fue aquella tarde cuando me introduje sin quererlo en su mundo tenebroso.

Y sin embargo, todo empezó de la forma más agradable.

Alguien me enseñó la foto de una chica.

—Bonita, ¿verdad?

Parpadeé. La verdad era que yo estaba borracho, pero, ¡diablos!,

aún veía las cosas bien. La chica era un monumento. Como de diecisiete años nada más, con un jersey ceñido, bajo el cual se advertían unos parachoques capaces de detener el expreso de Pensilvania; con unas caderas obsesionantes. Con una falda negra, cortita; con medias oscuras, con zapatos de alto tacón. Con todo.

Y sonreía, al menos en la foto.

—¿Quién es? —pregunté.

—¿Le interesa?

La que me hablaba era una mujer de unos cuarenta años, tal vez más, en cuyo rostro se advertían los estragos de una vida poco sana, por no decir algo más fuerte. Iba muy repintada, pero servía de poco. La borrachera me impidió darme cuenta en aquel momento de que alguien la utilizaba como gancho.

—¿Es su hermanita? —pregunté a mi vez.

—Como si lo fuera.

—¿Y qué?

—Me he estado fijando en usted. He visto que gasta el dinero.

—Bueno, pero es sólo hoy. No me tome por un millonario.

—¿Le interesaría gastarlo en algo más interesante que en beber ginebra de mala calidad?

Parpadeé otra vez. En aquellos momentos no me daba cuenta de muchas cosas. Cuando uno no está acostumbrado a beber, se expone a convertirse en un perfecto idiota. La mujer volvió, a pasar la fotografía por delante de mis ojos y luego la guardó cuidadosamente.

—Está tomada hace un mes —dijo.

—De acuerdo, pero sigo sin comprender del todo.

—Pues hace falta ser tonto. ¿No le gustaría conocer personalmente a la chica?

Sentí que algo zumbaba en mi cráneo. Sentí que algo me decía: «No, no, no», dentro de la cabeza.

Pero pregunté:

—Oiga, esa chica es joven y tiene una cara casi angelical. ¿Va a convencerme de que es una mujer fácil?

—¿Por qué no lo prueba?

Me estremecí.

—No diga tonterías.

Ella hizo ademán de alejarse. Estábamos en un rincón apartado

de la barra y nadie nos oía.

—Bueno, si usted quiere perder la ocasión, a mí no me importa. Otro la aprovechará.

Fueron aquellas palabras las que me decidieron, lo confieso. No fue sólo la curiosidad. Fue el pensar que otro podría decir que sí a las proposiciones de aquella mujer. Que podía ensuciar a la chica. Yo, en cambio, me creía capaz de resistir la tentación, de hablarle, de llevarla al buen camino, si es que se había apartado de él.

No podéis imaginaros, amigos, lo buen chico que yo era entonces. No podéis imaginaros tampoco la bestia desengañada que pasé a ser.

Dije:

—Oiga...

Ella se volvió.

—¿Es que ha reflexionado?

—Puede que sí.

—¿Cuánto lleva encima?

—Pongamos que quinientos dólares.

—Será suficiente. Vamos.

La seguí como un hipnotizado.

* * *

Tomamos un taxi y fuimos en dirección a Harlem.

Yo no comprendí por qué razón ella se había ido a un sitio tan apartado, pero luego me di cuenta de que existían poderosas razones para ello. No convenía que la identificaran con el lugar donde la chica estaba. Necesitaba también ir por los lugares elegantes del centro, donde había gente de dinero. En Harlem mismo no hubiera encontrado a nadie que mereciese la pena.

Pero la chica estaba en Harlem.

¡Diablos, qué casa!

Había que atravesar el río para llegar hasta ella. Estaba al final de una calle sórdida, maloliente, llena de pequeños talleres. No había nadie por allí, porque acababa de terminar la jornada de trabajo, aunque un sol oblicuo y dulce abrillantaba aún los cristales altos de las casas. La mujer dijo suavemente:

—Es ahí.

Pagué el taxi y lo despedí. Entramos en la casa, subiendo al primer piso. Nos abrió la puerta un negro corpulento, que debía

haber sido boxeador no mucho tiempo atrás. Iba en mangas de camisa. Su corpulencia era enorme y parecía aniquilarle a uno.

—Bueno, yo me voy —dijo la mujer.

—¿No cobras nada? —le pregunté, sorprendido.

—Ya tendré mi comisión, no te preocupes.

Oí su taconeo por la sórdida escalera. De pronto todo aquello me pareció tan extraño y tan miserable que me detuve indeciso. El negro me preguntó:

—Bueno, ¿a qué espera?

Entré.

La casa olía a perfume barato y a pintura fresca. Había pinturas indecorosas por todas partes. La luz entraba por unos ventanales de cristales sucios, dibujando en las paredes unos extraños juegos de color. Al fondo de un largo pasillo había una puerta.

—Debe cuatrocientos dólares —dijo el negro.

—¿Cómo?

—Démelos o lárguese.

Se los di. Estaba aún medio borracho, pero la curiosidad era más fuerte que cualquier otro sentimiento. El negro abrió la puerta.

Dentro estaba la chica.

Igual que en la fotografía. Igual, diablos. Igual mil veces. La recordaré tal como estaba en aquel momento aunque me maten, aunque me arranquen las uñas, aunque me sometan a un lavado de cerebro. La recordaré.

Estaba sentada sobre un diván. Miró con odio al negro, lo cual me indicó que tal vez éste había hecho algo con ella. Luego la puerta se cerró a mi espalda. El negro desapareció.

Los ojos de la muchacha fueron hacia mí.

Nunca los olvidaré.

En aquellos ojos había una ansiedad, un dolor, una tortura a la que entonces no supe dar nombre. Las manos de la muchacha temblaban nerviosamente... Por lo demás, era quizá la más maravillosa mujercita que yo había visto en toda mi vida.

Iba vestida como en la foto, repito. Se había sentado descuidadamente y llevaba la falda un poco por encima de las rodillas. Dos largas e irreparables carreras se marcaban en sus medias.

No supe qué hacer en el primer momento y quedé en pie en el

centro de la habitación, detenido frente a ella.

—¿Estás borracho? —preguntó.

—No... no mucho.

Se puso en pie y se acercó lentamente.

Sus ojos me taladraron.

Estaba ansiosa, pero yo sabía que no era por mi causa. Estaba ansiosa por algo que yo aún desconocía.

—Bueno, ¿a qué esperas? —preguntó con voz ronca.

DOS

Sí, yo he recordado muchas veces aquello.

Yo me he despertado sudoroso en la noche, contemplando con ojos extraviados la ventana por donde entraba la luz de la luna. Yo he pensado en la muchacha. Aun ahora, cuando nadie lo sabe, pienso secretamente en ella.

Se llamaba Sigrid.

Tenía diecisiete años, eso era verdad. Me enseñó su pasaporte, como si quisiera presumir de aquella juventud que me ofrecía. Todo lo que hizo a partir de aquel momento fue una llamada directa a mis instintos, algo que me hizo perder la razón. A mí me daba la sensación de que la habitación entera daba vueltas, de que había bebido diez barriles de alcohol y de que nunca más volvería a estar sereno como los demás hombres.

Cuando me separé de ella, casi una hora más tarde, me sorprendió que no me pidiese absolutamente nada.

Estaba avergonzado y hundido, pero aun así se lo pregunté.

—¿No le has dado dinero a ese granuja? —me contestó ella.

—Sí, pero...

—Ya es bastante. Ahora no pierdas aquí un minuto más. Anda, vete. ¡Vete de una maldita vez!

Estaba llena de ansia, de un ansia desconocida y febril. Sus dedos arañaban las ropas y yo pensé que de un momento a otro podía sobrevenirle un ataque. Cuando salí de allí vi avanzar a un tipejo pequeño, en mangas de camisa, con cara de ratón. Aquel tipejo llevaba una jeringuilla hipodérmica en la mano derecha. La jeringuilla estaba cargada con un líquido cristalino, parecido al

agua.

Pasó por mi lado sin mirarme siquiera, y entro en la habitación donde estaba Sigrid.

Instantes después oí un grito.

Un grito de placer.

Tuve un estremecimiento y fui a volver allí, guiado por no sabía qué misterioso impulso, pero en ese momento alguien me sujetó por una de las solapas de la americana.

—¿Ocurre algo, señor?

Le miré. Era el negro.

Yo podía haberle vencido en un combate, porque ya tenía los músculos cubiertos por una capa de grasa y yo practico el judo a diario. Pero me di cuenta de que me miraba con desprecio. Me miraba como a un bicho, y yo comprendí que tenía razón. De los dos, quizá el más miserable era yo, y eso me restó fuerza moral para corresponder a sus modales.

—Suélteme, ¿quiere? —susurre.

Me soltó.

—Muy bien. Y ahora lárguese.

—¿No le ocurre nada malo a esa muchacha?

—¿Qué quiere que le ocurra?

—No sé. Ha gritado.

—Tiene un ataque y le han aplicado un calmante. Y ahora lárguese de una vez. No sea un maldito fisgón. Saldrá ganando.

Comprendí que tenía razón y obedecí.

Desde la escalera oí unos golpes, mientras la voz del gigante negro bramaba:

—¡Imbécil! ¿Es que no te has dado cuenta de que tenías que esperar? ¿Es que vas a hacerlo a la vista de todo el mundo?

Luego oí el chasquido de un puñetazo y el golpe de un cuerpo al chocar contra la pared. Sin duda al tipo pequeñajo le estaban dando lo suyo. Pero no me preocupé.

La cabeza me daba vueltas.

Una vez en la calle, fui en busca de un bar y bebí dos whiskies seguidos, para recuperar el dominio de mí mismo. Ya dicen que la resaca se quita con un poco de alcohol. Yo no puedo asegurarlo, porque me puse peor. Fui como pude a mi apartamento y me tumbé en la cama, vestido.

A partir de aquella noche empecé a dormir mal.

Y de esto hace ya un año, un maldito año.

* * *

El «Star» es un periódico bueno, pero tirando a sensacionalista. Ya sabéis lo que quiere decir esto: fotos un poquitín macabras, si hay crímenes, y fotos un poquitín subidas de color, si hay chicas guapas. Yo no entro ni salgo en esto, porque el «Star» es como es. Esa forma de hacer periodismo ya la inventó hace muchos años el multimillonario Hearst, y desde entonces ha seguido dando dinero a los editores. Yo sólo era allí un redactor bien pagado, pero al que no trataban bien.

El director, mi jefe inmediato, me soltaba unas broncas imponentes.

A partir de mi encuentro con Sigrid, yo reconozco que no anduve muy acertado en mi trabajo. Pensaba constantemente en ella y quería volver a verla. Fui a aquella casa de Harlem, subí las tortuosas escaleras, llamé a la puerta y me llevé una descomunal sorpresa.

La casa era la misma, pero habían desaparecido los cuadros indecorosos. Unos muebles muy sencillos adornaban el corredor. Y una chiquilla de unos trece años vino a abrirme la puerta.

—¿Qué desea?

Yo estaba aturdido. Creo que los ojos me daban vueltas dentro de las órbitas. Debí tardar tanto en contestar que la muchacha preguntó de nuevo:

—¿Qué quiere? ¿A quién busca?

—Yo... ¿No vive aquí un negro?

Ella me miró con sorpresa.

—¿Un negro? ¿Es que cree que en Harlem todos lo son? Debe haberse confundido.

—No, no creo...

Yo miraba la casa. Era la misma, seguro. Incluso la puerta al fondo del pasillo, detrás de la cual había estado Sigrid. Cuando entré allí por primera vez, yo estaba borracho, pero lo recordaba todo bien. Y sin embargo... Bueno, aquello era inconcebible para mí.

—Un negro muy corpulento —dije—. Un ex boxeador.

—¿Ve cómo se confunde? —la chica se echó a reír—. No es

usted el primero que pregunta. Aquí no ha vivido ningún negro nunca, señor. Buenos días.

—¿Y... un tipejo pequeño que pone inyecciones?

—¿Está usted de broma?

La expresión de la chica se había endurecido. Hizo un gesto y me dio con la puerta en las narices.

Descendí la escalera, humillado, pensando que todo aquello me sucedía por haberme emborrachado una maldita vez.

No volvería a pensar en Sigrid. Nunca más. Que ella y sus recuerdos se fuesen al infierno.

Pero no pude.

Todo resucitó brutalmente dos días después, cuando el director del «Star» me enseñó aquella fotografía.

TRES

ERA al anochecer, y la foto estaba sobre la mesa. Había otras muchas allí. El director me miró con su eterna cara de perro.

—Hola, Larry —espetó—. Felicidades.

—¡Qué amable! ¿Por qué?

—A los redactores se les escapan todos los sucesos y tú no haces nada. A este paso el «Star» va a convertirse en una especie de revista para señoritas. Somos un periódico de la noche, y al público de la noche hay que darle cosas un poco gruesas. Ahí había motivo para un magnífico reportaje y Simpson lo ha dejado perder. Pero el responsable eres tú, no Simpson. Empiezo a pensar si no fue una tontería confiar en tu juventud y convertirte en redactor jefe.

Me tendió las fotos. Yo las miré distraídamente.

De pronto mis manos temblaron, sentí que se me doblaban las rodillas e hice un gesto extraño, echando la cabeza hacia atrás.

—¿Qué te pasa, Larry?

—No... nada.

—¿Conocías a esa chica?

—Creo que... no.

—Pues, ¿por qué te pones así?

Yo estaba mintiendo. Claro que la conocía. Infiernos, la hubiera reconocido incluso treinta años después de aquello. Era Sigrid. Sigrid, que además vestía del mismo modo.

La habían estrangulado.

La foto aún mostraba la señal del cordón alrededor del cuello, y todo su rostro denotaba una agonía dolorosa y lenta. Había sido un crimen poco suave, un crimen de carnicero. Las ropas de la

muchacha estaban en desorden, lo que indicaba que había habido lucha.

—¿Dónde la han encontrado? —susurré.

—En Riverside Drive.

—Ese es un sitio elegante.

—Vivía allí.

—¿Cómo?...

Mi voz había sido ronca, tan ronca que el director se sorprendió, y hasta cambió un poco su cara de perro.

—¿Qué te sucede?

—Esa chica no podía vivir allí.

—¿Por qué lo dices con tanta seguridad?

—Era... Bueno, no era una chica rica.

—Te equivocas. Estaba forrada. Su padre, al morir, la había dejado llena a reventar de miles de dólares. Tenía el buche empapurrado de oro. Era una chica fina.

Abrí mucho la boca. ¿De modo que yo había tenido en mis brazos, sin saberlo, a una de las mujeres más ricas de Nueva York? ¡En el nombre del cielo! ¿Por qué estaba ella, entonces, en aquel suburbio de Harlem? ¿Por qué la vigilaba aquel negro miserable? ¿Y por qué me habían pedido cuatrocientos dólares? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Me dejé caer en un asiento. Estaba abrumado, y la vergüenza me descomponía el rostro. Todo aquello era tan inexplicable, que no acertaba a comprender ni el principio de la alucinante historia.

—¿Tenía ella dificultades de dinero? —susurré.

—Supongo que no, por lo que acabo de decirte. Claro que no disponía de lo que le daba la gana, porque existía un administrador. Le daba, de todos modos, más de lo que podía gastar. Para ella no era nada tirar cien dólares... Se dice que visitaba lugares de baja estofa y sitios equívocos. ¿De veras no la conocías?

Resolví decirle la verdad:

—Sí, llegué a conocerla.

—¿Y...?

—Pido dos semanas de permiso sin sueldo para investigar ese crimen.

—Tú estás loco. No te sobra el dinero.

—Gastaré todo lo que tengo y pediré prestado lo que me haga

falta.

—Pero, ¿qué cuerno quieres investigar?

—Necesito saber por qué mintió esa chica.

La cara de perro del jefe se suavizó. De pronto dejó de enseñar los dientes. En su cráneo empezó a penetrar poco a poco la idea de que aquello podía ser, al fin, todo un reportaje.

—Vas a prometerme una cosa, Larry —escupió.

—¿Qué?

—Estarás sólo dos semanas fuera. Vete al infierno si quieres, pero sólo por dos semanas. Cuando vuelvas traerás un reportaje y me lo entregarás a mí. Lo firmaremos los dos.

—Es usted un buitre, jefe.

—Eso me lo dice hasta mi mujer, pero no me importa. Quince días y un reportaje. ¿De acuerdo?

—Con sueldo, ¿no?

—Con sueldo.

—Entonces acepto.

Me lanzó un berrido y salí llevando en uno de los bolsillos de la americana la fotografía de Sigrid. Sentía como si me quemase a través de la tela.

Aquel día no fui al gimnasio para mi clase diaria de judo (soy cinturón violeta y dar clases a principiantes me proporciona algunos ingresos), sino que me encaminé directamente al depósito de cadáveres del Hospital Bellevue.

Sigrid estaba allí.

Sigrid con su hermoso cuerpo ya desnudo, con su mirada cristalina y horrorosamente quieta, con la señal del lazo en su cuello que una tarde de sol turbio yo me atreví a besar.

El ayudante del forense, un pequeño monstruo que arrastraba su pierna ortopédica, se acercó por mi espalda.

—Bonita, ¿eh?

Me volví poco a poco.

—¿Qué sabéis de esto?

—Nada aún. No le hemos hecho la autopsia, aunque está preparada para esta noche. De todos modos es un trabajo inútil. La causa de la muerte se aprecia claramente. ¿O no las ves, Larry?

—Sí... No hace falta ser muy listo.

—¿La conocías?

—En parte. Oye, tienes que hacerme un favor, Dumson. Te juro que no es para publicar.

—Dime.

—¿Dónde están los documentos de esa chica? Es posible que no se los haya llevado la policía aún. ¿Los tenéis aquí?

—Van a venir a buscarlos dentro de media hora. También se llevarán la ropa para análisis en el laboratorio. Hay manchas de sangre, pero serán de la chica. Tuvo que escupirla mientras la estrangulaban.

Sentí un nudo en la garganta, pero procuré que mi rostro permaneciera impassible.

—Déjame ver esas cosas. No voy a llevarme nada absolutamente, y te juro que nadie lo sabrá.

Dumson me debía favores. Más de una vez le había sacado de pequeños apuros, y por eso accedió.

—Ven.

Las ropas eran las mismas que yo conocía. Palpé las medias, el ligero, la blusa, con una extraña nostalgia y una dura vergüenza. Luego cerré un momento los ojos.

Si yo tenía alguna responsabilidad en la muerte de aquella muchacha, si yo había precipitado en algo su fin, necesitaba a toda costa expiar mi maldita culpa.

Dumson me tendió lo único que había de la documentación. El pasaporte que vi aquella tarde.

—Es ciudadana norteamericana, pero vivía en Francia —me explicó—. Fíjate en su domicilio: Avenida de Jena, París. Tiene el pasaporte extendido como residente. Me temo que si quieres averiguar algo sobre este crimen, vas a tener que marcharte de Nueva York.

—De momento no, Dumson. Tengo algunas personas a las que encontrar aquí. Y ahora adiós. No olvidaré el favor que me has hecho. Además... oye... tratadla lo mejor posible.

El me miró, parpadeando.

—¿Te has vuelto idiota, Larry? ¿Qué más da?

—No le rompáis los brazos, no le serraréis el cráneo... En fin, ¡qué sé yo, diablos! Fue una mujer hermosa... ¡No la destrocéis!

Salí convertido en una especie de borracho que daba traspiés por la calle. Ni siquiera me atreví a conducir. Dejé allí mi «Chevy» de

segunda mano y entré en un bar. De pronto recordé algo.

Infiernos, estaba invitado a cenar. Un compromiso.

Gus, un muchacho de la redacción al que había podido ascender últimamente, quería presentarme a su novia. Nos habíamos citado a las nueve en un restaurante de Greenwich Village. No podía hacerles un desprecio a Gus y a la muchacha, a la que ni siquiera conocía. Aunque aquello me reventase, no tenía más remedio que ir.

Bebí dos whiskies, fui sintiéndome mejor y media hora más tarde me atrevía a conducir mi «Chevy» en dirección al centro.

El restaurante se llamaba «La dulce Sigrid».

Entré lanzando maldiciones en voz baja.

Claro que cuando vi a la chica todo cambió. Diablos, aquello era distinto. Gus, al fin y al cabo un chico bastante medianejo, se había agenciado para casarse a una de las mujeres más guapas de Nueva York, lo cual indicaba que era bastante más listo que yo.

La chica se llamaba Kitty.

Debía tener veinte años, y había en ella algo inquietante, extraño, algo que otras mujeres no tenían. Yo lo hubiera definido, sin embargo, con una sola palabra: ansiedad. La muchacha estaba ansiosa por algo que yo no podía comprender aún. Lo mismo que Sigrid. Aquella ansiedad, que parecía aturdir, que brillaba en sus ojos, que hacía temblar sus manos cuando ella creía que no la veía nadie. Claro que Gus no se fijaba en eso. Gus estaba obsesionado por la chica, por sus aires exóticos, por su tipo de diosa y por su larga cabellera negra. Lo mismo que yo. Pensé que era difícil encontrar una mujer como aquélla, pero no lo dije.

Gus me aclaró:

—Kitty es artista, y por eso tiene ese aire un poco extraño. Parece estar ausente de todos sitios, ¿no? ¿Qué te parece?

—Has tenido mucha suerte, Gus.

—Tanto, que quiero aprovecharla. Nos casaremos dentro de seis meses. ¿Qué dices a esto, Kitty?

Ella sonrió de una forma imprecisa y lejana.

—Sí, cariño.

—¿Aún tiene tu hermano aquella farmacia? —pregunté a Gus—. ¿Qué es de él? Hace más de un año que no le veo.

—Aún la tiene. Hace un año amplió el negocio. Estará muy

satisfecho si te dejas caer un día por allí, Larry.

La conversación siguió por un camino intrascendente, y yo procuré mirar poco a Ketty por respeto a Gus. Me gustan las mujeres, diablos. Claro que me gustan, y sobre todo si son como aquélla. Pero también sé frenarme cuando se trata de la mujer que va a pertenecer a un amigo.

Recuerdo que Ketty apenas dijo una palabra. Estaba como ausente, como si no nos viese. Cuando salimos del restaurante, dos horas después, yo les acompañé hasta su casa, pues vivían cerca uno del otro, en el mismo Greenwich Village. Ketty apenas se despidió de mí. Apenas me dirigió una mirada.

Yo traté de no pensar en ella.

Sin embargo, aquella noche no pude dormir. Estaba borracho, pero no conseguí pegar ojo. Se me aparecía la imagen de Ketty, con sus ojos ausentes, sus curvas tentadoras y su larga cabellera negra. Luego veía a Sigrid en el depósito de cadáveres. Era como para volverse loco.

Definitivamente conseguí no pensar más en Ketty, cuando me aticé otro whisky doble.

Claro que entonces yo no podía imaginar aún la importancia que aquella mujer iba a tener en mi vida.

* * *

Todo volvió a comenzar al día siguiente, como en esas películas de pesadilla en que los monstruos desaparecen, pero uno contiene la respiración porque sabe que volverán a la próxima escena.

Di vueltas como un perro vagabundo por todos los bares de lujo de Brooklyn, buscando el rastro de la mujer que había servido de gancho. Fui a Harlem y merodeé también por la calle que ya conocía, pero todo fue inútil. Estaba aburrido, hastiado y hecho cisco cuando volví a Brooklyn, dispuesto a dejar seco el primer bar que encontrase.

Entonces la vi.

Ella estaba sentada en un alto taburete, con las piernas, ya no demasiado bonitas, descubiertas en gran parte. Bebía un combinado en un vaso kilométrico. Me sonrió.

Yo apreté las mandíbulas, conteniendo mi deseo de saltar sobre ella, y sonreí también.

—¿Estás cansado? —susurró la mujer.

—¿Por qué?

—Tienes mal aspecto.

—He estado por ahí... Hasta la vida de millonario cansa —
mentí, haciendo un gesto de hastío.

—¿Tienes más dinero?

—¿Por qué?

—Esta vez serían seiscientos.

Tragué saliva. Seiscientos... ¿Y qué? Estaba dispuesto a vender
hasta mi camisa con tal de encontrar una pista.

—De acuerdo. Llévame allí.

—¿No quieres ver la foto? —se extrañó.

Comprendí que tenía que comportarme normalmente o
recelaría.

—Bueno —dije—. A ver.

Ella la sacó de su bolso. Era una foto perfecta.

Pero yo estuve a punto de lanzar un grito, porque la muchacha
allí reproducida era Ketty, la novia de Gus. ¡Ketty!

CUATRO

—¿QUÉ te pasa? —preguntó ella.

—Na... nada.

—Pareces haberte impresionado mucho. Claro que la muchacha vale la pena, ¿no?

—Desde... desde luego.

—Vamos.

Fuimos en mi «Chevy». Yo conducía con mano tan nerviosa que estuve a punto de chocar dos veces. Recuerdo que anocheecía y estaba lloviendo un poco. Jamás he visto brillar de una forma tan poética y al tiempo tan siniestra el asfalto de Nueva York. La imagen de Ketty me obsesionaba, pero no era sólo porque fuese hermosa.

La calle de Harlem era la misma. Y el sitio.

Las escaleras sórdidas. La puerta.

El negro con pinta de boxeador abrió y me miró de arriba abajo. No debió gustarle que yo volviera por allí. Se limitó a saludarme con un gruñido.

—Pase.

La puerta, al fondo, también era la misma. Sólo que ahora volvían a estar los cuadros indecorosos y habían desaparecido los honestos muebles que vi cuando me abrió la chiquilla.

—Son seiscientos dólares —dijo el negro.

Pagué.

—Bueno, entre.

La puerta se abrió, y vi a Ketty sentada en el mismo diván que antes había ocupado Sigrid. Estaba sentada también

descuidadamente, y llevaba un vestido de punto, unos zapatos rojos de alto tacón, medias color salmón y guantes. Una señorita.

Ella también me vio. Sus ojos parpadearon.

—Hubiese preferido que fuera otro —dijo fríamente, cuando se cerró la puerta—. Pero, en fin, es igual.

Avanzó hacia mí, poniéndose en pie, y sus movimientos sinuosos me produjeron una especie de vértigo. Sentí que algo vacilaba en mi interior cuando me echó los brazos al cuello y me ofreció en silencio —un extraño y apasionante silencio— sus labios entreabiertos.

Pero no le tocaría ni un pelo de la ropa. En nombre de toda la decencia que pudiera quedar en mí, no lo haría. ¡Diablos, no!

Ella me miró sorprendida.

—¿Por qué lo piensas tanto? Supe anoche que te gustaba. Intentabas disimularlo, pero las mujeres siempre notamos esas cosas.

—¿Tú eres la novia de Gus?

—Sí. ¿Y qué?

—¿Has hecho esto alguna otra vez?

—No.

—¿Por qué ahora?

—Eso no te importa. ¡Vamos! ¿Es que crees que puedo perder por ti toda la maldita tarde?

Otra vez saltaba aquello que había visto en sus ojos la noche anterior, que había visto también en los de Sigrid: ansiedad. Otra vez aquel algo desconocido que convertía a las mujeres en víctimas. Otra vez el sucio y condenado misterio.

—¿Es que no piensas en Gus?

—¡Cállate de una vez! ¡Cállate o vete!

Le pegué. Lo hice sin fuerzas, sin querer, casi sin alma. Tuve una sensación muy extraña cuando la vi caída en el diván, llorando, y con un hilillo de sangre en los labios. Nunca creí que hubiese podido pegarle tan fuerte.

—Perdona, Ketty.

Sus ojos relampaguearon, mirándome con odio,

—Me has pegado...

—Quiero que salgas de aquí.

—¡No puedo! ¿No comprendes que no puedo?

—Si lo único que te lo impide es ese negro de opereta, te aseguro que dentro de un par de minutos me he librado de él.

—No es eso.

—Entonces...

—¡Es que no quiero salir!

Sentí una contracción en la garganta, y otra vez tuve la convicción de que estaba soñando. No entendía una palabra. ¿Ella no quería salir de allí? ¿Por qué?

—Márchate —dijo en un susurro— si tu moral te impide estar aquí. Pero no me obligues a salir contigo. Larry. No lo intentes porque no lo haré. Estoy en este sitio por mi propia voluntad.

—¡No es posible!

Sus ojos, espantosamente fijos y brillantes, se clavaron en mí.

—¿Por qué no es posible? ¿Qué sabes tú?

—Sé que eres una mujer decente.

—Gracias, pero eso no cambia las cosas. Voy a quedarme.

—Tú saldrás conmigo. No tienes que estar en esta ciénaga. Te libraré del negro y te llevaré a tu casa. Nada sabrá Gus. Si temes por él, te juro que de mis labios no saldrá una palabra.

—Es inútil. No insistas porque no saldré contigo ni te ayudaré. Quiero quedarme.

Apreté los puños desesperadamente.

—¡Estás loca! ¡Si me marchó yo, vendrá otro! ¡Sal de aquí ahora que estás a tiempo! ¡Sal!

—No. He de cobrar.

—¿Que has de... cobrar?

Aquella palabra inexplicable cambiaba las cosas.

Aquello lo situaba todo en un terreno inmundo en el que ni siquiera me atrevía a entrar, tratándose de ella. Pero lo intenté.

—¿Qué tienes que cobrar?

—No dinero, precisamente.

—¿Entonces, qué?

—Si te lo digo, saldrás tú perdiendo. No quiero perjudicarte, Larry. En el fondo eres un buen chico.

Me acerqué a ella, y sin darme cuenta la zarandeé. Sin apercibirme, desgarré su vestido

—¡Habla! ¡Quiero que hables de una maldita vez! ¡Es por tu bien, estúpida! ¡Ahora puedes salvarte con sólo abrir la boca!

—Déjame.

—¡Habla!

Yo vi el horror en sus ojos. Sin embargo, fue a hablar.

Abrió la boca.

Y entonces oí aquella especie de taponazos dentro de la habitación, aquellos taponazos que presagiaban la muerte.

¡Alguien estaba disparando contra nosotros con un silenciador!

Intenté cubrir a la chica.

CINCO

ACTUÉ rápidamente, pero aun así las balas fueron más veloces que yo. Cuando cubrí a la muchacha, ésta ya había muerto.

El misterioso asesino había disparado primero contra ella para que no dijese una sola palabra de más. Vi sobre su vestido, que yo acababa de desgarrar, dos extensas manchas de sangre que correspondían a dos balazos.

Ahora la próxima víctima iba a ser yo.

Sabía demasiado. No iban a dejarme salir vivo de allí después de ver asesinar a la muchacha.

Pues que ella, al fin y al cabo, ya estaba muerta, hice algo que me repugnaba, pero que en aquellos instantes me salvaría la vida: ahora me cubrí tras Ketty.

Oí el impacto de las balas en su cuerpo, que ya no se estremeció. Los proyectiles penetraron en su carne como gusanos sorbedores de sangre. Lancé una maldición tan horrible que no me atrevería a repetirla otra vez.

Disparaban con pistola ametralladora —a cuyo cañón iba acoplado un silenciador— desde una pequeña ventanita que acababa de abrirse en un panel de pared. Era un lugar insospechado, desde donde segura mente habían obtenido también fotografías con propósito de chantaje. Sentí tanto asco que en ese momento no me importó morir.

El fulano de la pistola ametralladora había disparado un cargador entero, y la mayoría de las balas estaban en el cuerpo de Ketty. Ahora tenía que cambiarlo, y eso me iba a dar diez segundos de respiro. Salté hacia la puerta con la rabia de una bestia herida.

Abrí. Vi el pasillo penumbroso, y al fondo la puerta que me llevaría hasta la calle y la vida.

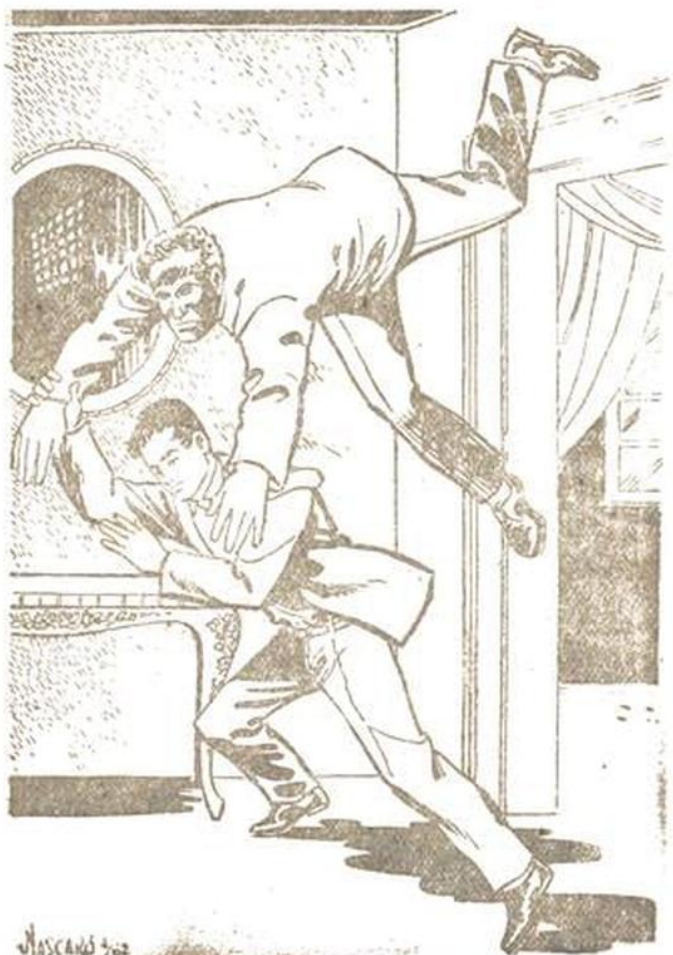
Pero fuera me esperaba el negro.

Descargó su mano derecha sobre mi nuca, pensando matarme con un solo y silencioso golpe. Sentí el impacto y al instante una náusea horrible que me hizo escupir saliva y sangre. Mis ojos se nublaron y de repente sentí un golpe en la frente: acababa de caer de bruces a tierra. El negro me golpeó con los pies en los riñones y me hizo dar dos vueltas sobre las baldosas. Fue entonces cuando me di cuenta de que iba a morir, y de que mi muerte sería menos divertida que si me hubiesen clavado un balazo.

El negro fue a golpear me con la puntera del zapato en el bajo vientre mientras yo estaba panza arriba como un gato. Después de aquel golpe me convertiría en un guiñapo, haría conmigo lo que quisiera. Pero tuve la serenidad suficiente para esperar el impacto y sujetarle el zapato con las dos manos en el último segundo. Yo le retorcí el pie con todas mis fuerzas, obligándole a lanzarse él mismo a tierra para no romperse el tobillo. Soltó un aullido de dolor.

Yo pensaba que de un momento a otro iba a llegar el tipo de la pistola ametralladora, el asesino de Ketty. No tenía un segundo que perder.

Me incorporé sin soltar mi presa.



MASCARDI 402

Le hizo saltar por sobre su cabeza...

El negro hubiera podido derribarme sin esfuerzo en un combate a media distancia, pero no me vencería en el cuerpo a cuerpo. Lo tenía seguro. Sujetándole la pantorrilla con mis dos piernas, retorcí el pie con ambas manos sin sentir la menor compasión ante sus alaridos. Su tobillo saltó hecho pedazos. No pudo resistir el dolor y se desmayó.

De momento estaba libre.

Sintiendo aún la náusea, me puse en pie y me aposté junto a una

de las puertas, la que sin duda debía dar al lugar donde estaba oculto el de la pistola ametralladora. En efecto, apenas un par de segundos más tarde, lo vi salir. Llevaba todavía en la mano el arma con que acababa de matar a la chica.

Me miró y fue a alzar la pistola.

Yo reí. Iba a matarle, seguro que iba a matarle. Un tipo como aquél no se escaparía sólo con un tobillo roto.

Le sujeté la mano derecha, volteándolo por encima de la cabeza mientras el tipejo disparaba. Porque era un tipejo que no me duraría ni diez segundos. Soltó el arma y yo la recogí.

Vi el horror en sus ojos.

Le vacié todo el cargador entre el pecho y la cabeza, sin dejarle gritar siquiera. Luego arrojé el arma.

La náusea se transformó en un vómito que no pude dominar ya. Tuve que apoyar la cabeza en la pared para no perder del todo el equilibrio.

El negro iba dando señala de vida. Estuve a punto de matarle. Poco a poco la desesperación le hizo recuperar el sentido.

—Vas a hablar o te trituraré la cabeza. Te la reduciré a pulpa con la culata de la pistola ametralladora. Contesta a todo lo que te pregunte, si no quieres que empiece.

Puesto que él era un atleta, aún intentó hacerme una presa con sus dos gigantescas manos para inmovilizarme. Lo logró en parte, pero yo ya iba demasiado lanzado para detenerme por detalle más o menos. Lo golpeé en la boca con el canto de la mano y acto seguido recuperé la pistola. Con la culata le destrocé la nariz. Reconozco que el tipo era un héroe a su manera, y que a pesar del dolor insufrible no gritó. Pero cuando terminé, estaba tan blando como un flan y dispuesto a decirme todo lo que sabía.

—Puedo continuar —dije con voz tensa.

Él se había dado cuanta ya de que su amigo estaba muerto. Perdió todo su valor.

—No... no me pegues más.

—Voy a hacerlo si dejas de contestar a una sola pregunta. ¿Quiénes eran esas chicas?

—Muchachas... honradas.

—¿Por qué han venido aquí?

—Por su propia voluntad. Ellas... lo pedían.

—¿Cómo?

—Necesitaban... que las ayudásemos.

—¿Por qué? ¿En qué las ayudabais?

—Estaban drogadas.

Apreté los labios con rabia, y de pronto lo comprendí todo. Tanto Sigrid como Ketty habían sido fanáticas adictas a las drogas. Sus organismos viciados necesitaban aquel veneno como sus pulmones el aire. Habían llegado a ese momento angustioso y crítico en que un ser humano hace cualquier cosa para conseguirlo. Sigrid había peleado, sin duda, con su administrador para sacarle todo el dinero posible. Ketty se había prometido a un muchacho cuyo hermano regentaba una farmacia, para intentar obtener la droga sin receta. Pero había llegado un momento en que nada de aquello bastó. Había llegado el momento en que por obtener la maldita droga hubieran pagado cualquier precio.

Y lo pagaron.

Fue el precio fijado por aquellos buitres, que pensaban amasar millones con los cuerpos de aquellas muchachas. Me estremecí al pensar en cuántas veces Sigrid habría tenido que recibir hombres antes de que la mataran por saber demasiado. Y en lo que hubiera sido de Ketty si antes no llegan a disparar contra ella.

Lo comprendía, sí, lo comprendía todo.

Sentí tanto asco que golpeé otra vez al negro. Y con gusto me hubiera golpeado a mí mismo también

Lanzó un aullido.

—¿Quién se quedaba el dinero?

—Yo sólo soy... un empleado.

—Por eso te lo pregunto. ¿Quién era el buitre que se quedaba el dinero? ¿Quién?

—En nuestro oficio... se mata a los delatores.

—Si no te matan ellos, te mataré yo. No puedes elegir.

Aún intentó atraparme otra vez, pero estaba demasiado destrozado. Le repasé la cara con el punto de mira de la pistola.

—Más valdrá que te estés quieto y contestes a mi pregunta. No voy a tener piedad. Ahí dentro está el cuerpo de una mujer, y quiero vengarla a modo. Puedo acariciarte la cara hasta que te mate.

—Yo no...

—¡Habla!

—La persona que cobra el dinero... se llama...

—¡Habla, perro!

Corté sus vacilaciones golpeándole otra vez en lo que quedaba de su nariz. Sintió tanto dolor que estuvo a punto de perder el sentido nuevamente.

—Se llama Lukas.

—Lukas... Ese nombre no me dice nada.

—Vive... en Long Island.

—Dame su dirección exacta.

—No... la sé.

Comprendí que se la sacaría si continuaba dándole masaje con el punto de mira, pero no me convenía estar demasiado tiempo allí. Pensé también que Lukas debía tener ficha en la policía metropolitana o en la federal. No sería difícil dar con él.

—¿Él es el jefe?

Me parecía demasiado sencillo. Yo sabía bien que el «gang» de las drogas es el mejor organizado del mundo. No podía todo terminar allí.

—Es el único jefe... que yo conozco.

—¿Quiénes son los otros que viven en esta cesa al marcharos vosotros?

—Un inmigrante... italiano... Le mantenemos. Él lo sabe todo, pero su familia no.

—Un cobarde —gruñí.

Golpeé otra vez al negro, escupí sobre él y luego salí a la calle. Durante casi dos manzanas anduve como un borracho.

SEIS

EL tal Lukas tenía ficha. Una ficha así de grande, lo juro. Era un pajarraco al que conocían en la Metropolitana desde diez años antes. El teniente Hodgson, amigo mío, me enseñó el expediente.

—Detenido por trata de blancas en el cincuenta y dos, pero absuelto por falta de pruebas; condenado por extorsión a seis meses, en el cincuenta y cuatro, pero no llegó a estar preso ni un día; en el cincuenta y cinco se le condenó por cómplice de asesinato a diez años, pero a los tres salió bajo palabra. Desde entonces no le hemos podido probar nada más, pero es un buitre. Sospechamos que está metido hasta las narices en la basura de las drogas. Si tienes algo que pueda presentarse ante un Tribunal, debes apoyarnos.

—Lo haría con gusto, pero sería imposible.

—Me has hablado de un negro...

—Ese negro no hablará ante un Tribunal. Y si estuviese dispuesto a hablar, lo matarían antes.

—De todos modos lo detendremos. Y espero que comparezcas como testigo.

Me encogí de hombros. Al fin y al cabo, aquello era lo de menos. Mi situación personal era muy difícil. Me había confiado al teniente Hodgson para que él me ayudase, y ahora Hodgson sabía que el fabricante del «fiambre» que encontrarían en Harlem había sido yo. Podía ignorarlo oficialmente o detenerme, pero yo confiaba en que haría lo primero. Al fin y al cabo, la muerte de aquel tipejo no tenía importancia al lado de lo que había detrás. Y lo que había detrás tal vez yo pudiera averiguarlo.

Hodgson me miró reflexivamente, mientras encendía su pipa.

—Escucha, Barton, voy a darte cuerda.

—¿Para que me ahorque?

—Tal vez. Hace ya mucho tiempo que vamos tras la rama neoyorquina del «gang» de las drogas, hasta ahora sin resultado. La policía ya no puede hacer más, pero en cambio un tipo como tú tal vez pueda conseguir algo.

Tapó con los dedos la cazoleta de su pipa y aspiró para que ésta tirase mejor

—En lo que a mí concierne —continuó—, no voy a recordar nada de lo que acabas de contarme. Cuando se descubran los «fiambres», haremos, los trámites de costumbre y salga lo que salga. Nos limitaremos a tirar del ovillo, ¿entiendes?, igual que hacemos siempre. Si al final del ovillo estás tú, lo siento.

—Comprendo. No harás uso de lo que te he contado, pero si a causa de las investigaciones normales yo resulto detenido, no podrás hacer nada por ayudarme.

—Has comprendido bien.

—¿Qué más he de comprender?

Hodgson me apuntó con el caño de su pipa.

—Dos cosas. Primera, que voy a darte cuerda para que investigues lo de Lukas, siempre y cuando me tengas al corriente de lo que salga. Segunda, que no darás gusto al gatillo ni a las manos. No matarás a nadie, ni siquiera a Lukas. Si matas a alguien más, cargarás con las consecuencias.

—Supón que sea en defensa propia.

—Tendrás que probarlo ante un jurado.

Comprendí que Hodgson tenía razón. Si yo mataba a alguien más, él no podría ocultar por más tiempo lo que sabía: Uno puede cargar con la sangre de un hombre, pero no con la de dos. Comprendía esto muy bien, y comprendía asimismo que iba a enfrentarme como un conejillo a aquella pandilla de buitres. Sin tener las manos libres para matar, iba a suicidarme. Los de la pandilla de Lukas me liquidarían en cuanto me echaran el ojo encima. Eso iba a ser todo.

A pesar de eso, fui a Long Island.

Tenía una buena barraca, diablos.

Una casa estilo suizo, con piscina particular, grandes olmos plantados en los márgenes de la finca y un jardín cuyo sólo cuidado

debía costar una fortuna. Todo lo que puede dar una finca de recreo en el campo y además a media hora de automóvil de la ciudad. Por si eso fuera poco, la barraca debía constar de unas quince habitaciones. El pájaro tenía siempre invitados en el nido, seguro.

¿O acaso invitadas, muchachas como Ketty, a las que facilitaba la droga antes de obligarlas a que se la ganasen por su cuenta?

Apreté los dientes.

No llevaba armas cuando me acerqué a la casa, ni tampoco podía emplear mis trucos para matar con las manos. Sabía que era algo así como una res enviada al sacrificio.

Ni siquiera los hombres de Hodgson me ayudarían, porque eso hubiera significado para el teniente un compromiso demasiado fuerte.

Pero estuve de suerte. La que me abrió fue una mujer. Una mujer de campeonato.

O una mujer de narices, si así suena mejor.

Me lancé sobre ella.

* * *

Bueno, no hay que pensar mal. No lo hice porque fuese guapa, ni por nada de eso. Necesitaba entrar en la guarida de Lukas, y los métodos a emplear tenían que ser los de un comando. La mujer soltó un grito y cayó a tierra, mientras ya caía con ella y le tapaba la boca.

Cerré la puerta de un taconazo, propiné un suave golpe en la nuca a la mujer, sólo para que perdiese el conocimiento, y luego la arrastré hacia una de las butacas.

Era un bombón, demonios. Ni veinte años. Y vestida como una señorita. Con todo lo que una señorita debe tener y todo lo que una señorita debe llevar. Según y cómo se la mirase, parecía un anuncio de ropa interior de nylon.

Pero yo no podía entretenerme en eso.

Miré al vestíbulo y vi que era espacioso y magníficamente amueblado. Tenía todo el ambiente de un hotel suizo de montaña, no faltando ni la monumental chimenea con el escudo tallado en piedra. Había allí varias puertas, pero ninguna de ellas se abrió.

Quizá había llegado en un buen momento. Quizá había tenido suerte. O tal vez había perdido el tiempo porque Lukas no estaba en la casa.

La chica pareció recuperar el sentido. Me acerque a ella y la situé mejor, cubriendo sus piernas.

Entreabrió los ojos.

—Eres un bestia —susurró.

No era una recepción demasiado áspera, después de lo que le había hecho. Hubiera sido más lógico que se metiera con mi familia, pero no lo hizo. Intenté sonreír.

—Lo siento. ¿Un trago?

—¿A qué has venido?

—Quiero ver a Lukas.

—¿Y haces lo mismo siempre que quieres ver a alguien?

—No puedo perder tiempo. ¿Dónde está Lukas?

—Tú debes haberte vuelto loco, ¿no?

—¿Por qué?

Se puso en pie, alisándose la falda.

—Nunca he visto a nadie que desafiara a Lukas de un modo tan estúpido. Por eso digo que estás loco o eres un periodista que quiere pasarse de listo. Pero a Lukas no le sacarás una sola palabra. Arregló lo de un juicio que se le seguía por evasión de impuestos. Sus asuntos ya no son noticia ni interesan a nadie. Y ahora, largo de aquí.

Puesto que al fin y al cabo ya estaba en el vestíbulo, fui al mueble bar y me serví un chorro de whisky mientras miraba a la chica.

—¿Tú quién eres?

—Una de las secretarias de Lukas.

—¿Secretaria para todo?

—Puede. ¿A ti qué te importa?

—Menos de lo que piensas, desde luego. Pero eres una estúpida al dedicarte a un buitre así. Y ahora menos palabras, palomita. Necesito verle enseguida. ¿Dónde está?

—Repito que te has vuelto loco.

—Ese es asunto mío. Necesito verle.

La chica me miró, con más atención. Vi que, de pronto, sus labios temblaban. Tuvo un parpadeo y adelantó la barbilla con expresión ansiosa.

—No... no es posible... —susurró.

—¿Qué es lo que no te parece posible?

—Nunca he visto a nadie que se quisiera suicidar así.

—¿Por qué?

—¿Tú eres... el tipo de Harlem?

Bebí de un solo trago el whisky. Más valía decir la verdad. Al fin y al cabo, ¿qué más daba?

—Supón que lo fuera.

—No te has dado cuenta de que existe en esta ciudad un imperio que, está más allá de las leyes. Lukas puede ser en un momento dado tan poderoso como el mismísimo Presidente de los Estados Unidos. Y en este instante todos sus hombres te están buscando para acabar contigo. Lo que menos pueden imaginar es que estés precisamente aquí, en la misma guarida del lobo. Después de todo, no deja de tener gracia.

Rio. Tenía unos dientes bonitos y sanos, pero yo me di cuenta de que me estaba mirando ya como a un cadáver.

Sabía ya que los de la Metropolitana no iban a protegerme. Sabía que la policía no se mete en medio del fregado. Se daba cuenta de que yo estaba solo.

Palidecí, mientras tragaba saliva. Pensé que se puede ser novato, pero no tanto.

En aquel momento oí el chirrido de los frenos de dos automóviles que se detenían ante la casa.

El conejo estaba en la jaula.

Y el conejo era yo.

SIETE

LOS pasos de varios hombres se aproximaron a la puerta. Yo sentí, de pronto, que había cometido la mayor equivocación de mi vida, y que mi novatada había sido tan grande como el Capitolio de Washington. Estaba en una gran ciudad, a poca distancia de casas donde la gente se divertía, vivía y amaba, y sin embargo me encontraba tan sólo como si me hubieran acorralado en el desierto del Mohave. Iban a liquidarme de la forma más fácil y más idiota.

Pensé que podía hacer dos cosas: una, lanzarme sobre ellos e intentar agarrotar al menos a uno con las manos antes de que me matasen. Otra, ponerme de rodillas y jurar que sería buen chico

Hice lo primero.

Apenas pusieron pie en el umbral, buscando morir como se muere en las películas de aventuras. Pero hice el ridículo. Eran siete hombres, y uno de ellos tenía ya una pistola en la mano. Me descargó tres veces la culata en la nuca y me dejó tendido a sus pies.

Cuando recobré el conocimiento, lo primero que vi fueron las rodillas de la chica que estaba sentada frente a mí, en un diván. No se había preocupado de la posición de la falda, y por ver aquello valía la pena haber recibido antes los tres culatazos. Pero no era yo el que lo pasaba mejor, sino el que estaba junto a ella. El tipo bien vestido, un poco panzudo, con ojos de gato, que debía llamarse Lukas.

El fulano me miró, sonriendo. También sus dientes eran de gato, así como la suavidad de sus gestos.

—¿Tú eres el hombre de Harlem?

—Imagino que no me serviría de nada decir que no.

—Exacto. No te serviría de nada.

Volví la cabeza, siguiendo la dirección de sus ojos, y vi al negro al que había machacado en la casa. Él me estaba mirando ya a mí con una expresión asesina, y comprendí que en cuanto le dejaran actuar a su gusto, me destrozaría.

Pero por el momento no iban a dejarle. Lukas me miraba con expresión bonachona, sin soltar a la chica.

—¿Sabes que eres el imbécil más grande con que me he encontrado en mi vida? —dijo suavemente—. ¿Creí, que tú solo ibas ya a deshacer todo el «gang» de los narcóticos de este país? Estás en un buen periódico, ¿y no sabías aún que formamos un imperio dentro de los Estados Unidos? ¿A dónde querías llegar, estúpido?

Me puse en pie, tambaleándome y sintiendo que iba a perder el equilibrio. Los golpes en la nuca habían sido fuertes, y ahora me acometían vómitos, pero supe dominarme.

—No he reflexionado. Sencillamente, hay momentos en que un hombre debe lanzarse adelante, sin pensar en las consecuencias. Yo estaba avergonzado de mi mismo, me consideraba una rata inmunda por haber aceptado las caricias de aquella pobre muchacha a la que matasteis en primer lugar. Luego asesinasteis a otra en mis propias narices. ¿Tenía que reflexionar, después de haber visto todo eso? ¿No valía la pena perder la piel con tal de poder arrancárosela a vosotros?

Atiranté los músculos, en un violento esfuerzo para no caer, proseguí:

—Nunca hubiera creído que en un país que se hace llamar libre y en nuestra época, existieran esas cosas. Nunca hubiera podido imaginar que una mujer se convirtiera en una vil mercancía, con tal de conseguir unos gramos de heroína, y que hubiera hombres dispuestos a explotarla y a disparar contra ella en el momento en que dejara de ser una presa segura. Por eso, por mi propia vergüenza y por el asco que me inspiráis, no me ha importado cometer estupideces, ser demasiado audaz y caer finalmente en vuestras manos. Ahora sé, al menos, quién es el cerdo de más categoría, quién es el maldito jefe.

Miré a Lukas. Pero me sorprendió ver que éste sonreía

suavemente, burlándose de mí. Sus gestos suaves seguían siendo los de un gato satisfecho.

—Estás equivocado —susurró—. Yo no soy el jefe. ¿Crees que una organización tan importante como la nuestra va a estar dirigida por un hombrecillo como yo? Tenemos conexiones en todo el mundo, y hay policías, jueces y hasta senadores que son aliados nuestros. No, amigo... No has chocado contra un hombre, sino con una auténtica organización mundial. Siento que tu fracaso lo tengas que pagar con la piel.

—Ese es precisamente el precio que estaba dispuesto a pagar —dije como si escupiera.

Miré a mi alrededor, buscando sin embargo alguna escapatoria, porque aunque estaba dispuesto a morir, no quería dejar que me matasen como a un cordero, sino que pensaba presentarles batalla hasta el último segundo.

Pero entonces tuve una nueva sorpresa.

No era yo el único pájaro que había caído en la trampa.

Un hombre a quien yo conocía estaba también allí, amenazado por las pistolas. Era el hermano de Gus, el farmacéutico. Mucho mayor que Gus, pues ya debía tener unos cuarenta años, iba bien vestido, llevaba joyas y sin embargo parecía un pobre hombre. Su expresión asustada, de animal acorralado, llegaba a dar lástima. Y eso que yo estaba peor que él.

—¿También es otro que va a perder la piel? —pregunté—. ¿También es otro estúpido como yo?

—Es otro que sabía demasiado. No le gustó lo de la novia de su hermano. Como es farmacéutico y posee un gran almacén de narcóticos con licencia federal, había descubierto ya algunas irregularidades en los que distribuyen la droga. No le ha costado mucho seguir el hilo de una pista y... éste es el resultado.

Contemplé con lástima su expresión asustada, su expresión de hombre que va a morir.

—Lo siento. Piense que su sangre será cobrada... Piense que muere por una causa digna.

—Nada es digno cuando llega la hora de morir —susurró temblorosamente—. Nada, se lo juro...

—Tenga valor.

Era inútil... El hermano de Gus, del que yo recordaba que se

llamaba Glenn, estaba tan asustado que era incapaz de reaccionar. Las lágrimas asomaban a sus ojos. Para no avergonzarle, decidí mirar a otro sitio.

Lukas dio un beso retorcido a la chica y ordenó:

—Atadlos. Hay que esperar a la noche.

Nos ataron como a fardos y nos tuvieron sobre las alfombras de dos habitaciones distintas. No sabría decir cuánto tiempo estuvimos así, pero fueron muchas horas. De vez en cuando entraba uno de los esbirros, me daba un puntapié y se largaba a la otra habitación. Entonces yo oía llegar gemidos desde allí, lo que indicaba que Glenn recibía el mismo tratamiento.

Cuando ya había anochecido, entró la chica y se puso a fumar un cigarrillo sentada en la cama. Era una zorra de lo peor que he visto. Quería ponerme nervioso antes de que me liquidaran, y hacía toda clase de monerías para conseguirlo. Cuando me convencí de que se burlaba de mí, de que quería humillarme, le dije un par de cosas en voz baja y volví la cabeza para mirar a otro sitio.

A medianoche me sacaron, en compañía de Glenn. Sólo nos desataron los pies para que pudiéramos andar, y nos metieron en un gran coche negro, un «De Soto» modelo antiguo, cuya matrícula no pude ver. Nos vendaron los ojos y rodamos en silencio, creo que en dirección sur, hacia las últimas estribaciones de Long Island.

Allí, a pesar de estar a muy poca distancia de Nueva York, abundan los parajes solitarios donde es fácil cometer un crimen. Supuse que arrojarían nuestros cadáveres al agua y al día siguiente aparecerían flotando, según como fuesen las corrientes, ante la estatua de la Libertad.

Efectivamente, nos hicieron descender al borde de un acantilado rocoso, que caía a pico sobre el agua. Las corrientes venían en sentido inverso y arrastraban los objetos hacia alta mar. Pensé, que, para mayor dolor nuestro, jamás encontraría nadie los cadáveres. Estábamos destinados a ser pasto de los peces.

Lukas iba a dirigir el concierto. Hizo un gesto, y los cuatro hombres que formaban el equipo de verdugos sacaron sus pistolas.

—Primero Glenn —dijo.

Glenn lanzó un gemido.

Las pistolas roncaban, y lo vi caer de bruces al borde del acantilado. Entonces las armas se volvieron hacia mí.

Lancé una maldición.

Con todas mis fuerzas, embestí contra Lukas, Le acerté en el estómago, y el muy perro se puso a aullar Entonces, como él estaba libre, me atizó. Tenía una mano floja y lánguida, pero fastidiosa. Se la mordí. Sus esbirros me atizaron con las culatas y perdí el conocimiento.

Supe que no lo volvería a recuperar. Supe que los peces devorarían mi cuerpo y que aquél iba a ser el último y desesperado «fin».

¡Sin embargo, abrí los ojos! Abrí los ojos más tarde... ¡y me di cuenta de que estaba vivo!

Una serie de dolores espantosos fueron en realidad los que me despertaron. Creí que estaba en el fondo del mar, que aquellos esbirros no habían acabado de matarme, y que me estaban devorando los peces. Pero no era cierto. Estaba en tierra, al borde del acantilado, y me estaban dando en la cara los primeros rayos del sol. Desde luego, me encontraba solo. No estaba conmigo ni el cadáver de Glenn, que sin duda había sido arrojado al agua.

Pensé que los dolores que sentía eran de los balazos, pero pronto me di cuenta de que estaba equivocado. Unos dolores venían de mi nuca y mi garganta, donde sentía unas horribles náuseas. Sin duda, aquello provenía de los culatazos propinados cuando acometí a Lukas, Otros dolores, que, eran sencillamente horribles, no podía decir de dónde me venían porque parecían llenarme todo el cuerpo. Pero no eran balazos, de eso estaba seguro. Los balazos producen un dolor menos intenso, pero más angustiioso que el que yo en estos momentos sentía.

Intenté moverme. Estaba desatado.

Entonces me llevé las manos a los ojos y... ¡y vi que me habían cortado desde la raíz los dos dedos índices! ¡Me habían convertido en un inútil!

* * *

El director del «Star» se hallaba sentado ante mi cama y me miraba las manos vendadas. Tenía una expresión grave y sombría. Por la ventana que estaba a un lado de la habitación entraba la luz pálida de la tarde.

—Has hecho un mal negocio, muchacho —susurró—. Te han practicado la mutilación que hacen a los pistoleros y no podrás

disparar nunca más. Claro que eso, en el fondo, tiene poca importancia, porque tu oficio no es matar. Pero representa un buen aviso.

—Mi oficio es matar —dije sombríamente.

—Pero... ¿es que te has vuelto loco?

—No... Es ahora cuando empiezo a ver claro, cuando he despertado la verdadera razón de mi vida. He visto vender y asesinar a pobres muchachas, he visto disparar contra un hombre indefenso y ahora me han mutilado. Me han dicho, además, que son más poderosos que la policía, que son más fuertes que la ley. Sé que después de este aviso sólo me puede llegar la muerte, pero voy a aceptar el desafío. Voy a pelear.

El jefe movió la cabeza.

—¿Por qué, muchacho? Ya sabemos que siempre existirán el vicio y el mal. ¿Es que quiere arreglar el mundo usted solo... cuando ni siquiera tiene todos los dedos de las manos?

—Yo fui un perro y acepté las caricias de una de esas muchachas —dije—. He de pagar.

—Me parece la mejor filosofía para ir de cabeza al cementerio.

—Lo sé, pero antes voy a darles trabajo. Lamentarán haberme convertido en un guiñapo, lamentarán no haberme matado de una vez. Lo primero que haremos será iniciar en el «Star» una gran campaña de prensa.

El director movió la cabeza con pesadumbre.

—No podemos, muchacho.

—Que... ¿que no pueden?

—No.

—Pero eso es absurdo... Tenemos el reportaje más sensacional del año. Conozco el emplazamiento del garrito de Harlem, he visto matar ante mis ojos a una muchacha llamada Ketty y a un farmacéutico y mayorista de drogas llamado Glenn, que además es hermano de un amigo mío. Yo estoy mutilado... ¿y aún dice que no hay base para una campaña de prensa?

—¿Dónde está el cadáver de Glenn?

—No aparecerá. La corriente iba hacia alta mar. Lo devorarán los peces, si no se lo han merendado ya. Pensar que no se puede hacer nada hasta que aparezca ese cadáver es una tontería. O quizá una simple excusa porque ustedes tienen miedo.

El director movió dubitativamente la cabeza. Me pareció en estos momentos un hombre viejo, derrotado y hundido.

—Este ha sido un buen aviso, muchacheo. Y no sólo para ti.

—¿Es que cree que...?

—Creo que si nos ponemos pesados, me matarán a mí también, muchacho. O al propietario del periódico. No puedo arriesgarme.

Crispé las facciones y levanté las manos vendadas, a pesar del horrible dolor que aún sentía en ellas.

—Eso es una cobardía, una cobardía infame. No vamos a rendimos por las amenazas de esa cuadrilla. ¡A mí no me importa perder las dos manos y la vida! ¡No me importa nada!

—A mí sí.

—Usted es... un cobarde.

—Oiga, muchacho... No es cobardía. Tengo órdenes concretas del propietario del periódico. Nuestro papelucho se vende bien, a pesar de todo, y no hay necesidad de hacer esa campaña. El propietario no quiere arriesgar su vida y la de su familia por el gusto de aumentar la tirada y ganar unos miles más de dólares. Me ha dicho que... en fin, me ha dicho que te dé unas largas vacaciones pagadas fuera del país. Cuando regreses... será mejor que te busques otro empleo

Bajé las manos lentamente, mientras sentía una espantosa náusea.

—¿Qué le pasa? —farfulló.

—Tengo ganas de escupir.

—No lo hagas, muchacho. Sería peor para ti.

—¿Después de despedirme aún me puede amenazar con algo peor? Pero no importa. El «Star» no es el primer periódico de Nueva York, ni mucho menos. Y, aunque lo fuera, hay otros en el país. Escribiré mis artículos y los venderé donde haga falta. Siempre habrá directores y propietarios que no tengan tanto miedo como tienen ustedes. Que no den... tanto asco.

Mi visitante no se ofendió. Era un hombre derrotado y cobarde, de eso estoy seguro. No tenía fuerzas ni para enfadarse. Pero sin embargo hizo un gesto dubitativo con la cabeza.

—No podrás.

—¿Por qué no voy a poder?

—La misma prevención que tenemos nosotros la tendrán todos.

Nadie quiere arriesgarse demasiado cuando se trata de tirar la primera piedra contra un sindicato del crimen tan bien organizado como el de los narcóticos. Ese es un mundo siniestro que mata a centenares de hombres y a otros los convierte en ricos de la noche a la mañana. Ahí hay que entrar como amigo, porque como enemigo se sale muerto. Otra cosa sería si tuvieras la protección personal de Anslinger, jefe de la Oficina Federal de Narcóticos.

—Él no va a molestarse por un simple periodista.

—Al contrario, se molestará mucho porque tú le interesas. Pero tú le interesas como testigo, es decir los testigos antes de que los apiolen. Nunca apoyará, como pajarito al que se lleva a cantar a la barra de una campaña de prensa porque eso no le interesa. Lo que querrá es que te estés bien callado hasta el momento de comparecer ante el Tribunal.

Miró mis manos y pensé que, de todos modos, la cosa no podía quedar así.

—¿Quién puede apoyar una campaña de prensa? —pregunté.

—Tal vea un senador. Sí, ya sé... ¡El senador Natham!

—¿Por qué él precisamente?

—En sus discursos ha lanzado fuertes ataques contra los sindicatos del crimen. No tiene miedo a nadie. Si tú le ofreces un plan de acción, y él lo acepta, con su influencia llegarás a cualquier parte.

Se puso en pie y me miró con lástima. Una lástima que me hizo enrojecer de rabia.

—Adiós, muchacho. Yo... lo siento.

—También yo lo siento por usted, diré. Así tal vez llegue a poseer un coche mejor y una casita cerca de la playa, pero nunca será un hombre. Dígale también al propietario que cuando vea una rata muerta me acordaré de él.

Enrojeció.

—No le tenga tanto miedo —dije con una suave sonrisa—. Él también es un cobarde y no le hará ningún daño.

Dejó un pequeño montón de revistas sobre la mesa antes de salir.

—Toma, para que leas.

Y se largó.

Yo quedé con las facciones contraídas y con el cuerpo tenso, a

punto de saltar como un arco, a causa de la ira que sentía.

Pero la ira no sirve de nada ni da fuerzas a nadie, cuando uno se da cuenta de que no puede luchar contra todo el mundo.

Poco a poco el dolor me venció, entró una enfermera a aplicarme un calmante y fui quedando dormido.

* * *

Estuve dos semanas allí. Cuando me dieron de alta, la enfermera me dijo:

—No ha quedado mal. Una no se fija en las manos, después de todo.

Me las miré. No, no eran deformes, y hasta comprendí que me acostumbraría a verlas. Resultaban menos tristes que una cicatriz en el rostro, por ejemplo, pero me causaban cierta angustia. Sobre todo al pensar que me costaría meses de aprendizaje poder volver a disparar con un revólver.

—No ha leído las revistas que le trajeron —dijo la enfermera.

—Es igual; quédeselas.

Las recogió, y en aquel momento cayó un sobre en las baldosas del suelo.

—Mire; esto tiene aspecto de ser una carta para usted.

Lo recogí y lo abrí yo, puesto que me interesaba adiestrarme con las manos. Dentro había tres sábanas de las grandes, tres billetes de a mil dólares. Los había dejado el director disimuladamente cuando me trajo las revistas.

—Esos bandidos... —gruñí—. ¡No quiero limosnas!

—¿Qué le ocurre? —preguntó la enfermera—. No he visto a nadie que se ponga así por tener tres mil dólares...

—Dígame si el hospital mismo se puede encargar de devolverlos a una dirección que yo daré.

—No tenemos costumbre. Más valdrá que usted los remita por giro postal desde cualquier oficina de correos.

—Bien; gracias.

Salí con esa intención. Mientras estaba en el hospital había pedido que llevaran mi coche a un «garage» próximo, de modo que lo tenía allí. Rodé a poca velocidad por las calles tranquilas de Nueva York después de las cinco de la tarde, como si estuviese de vacaciones, pero en realidad consumiéndome de ira.

De pronto tuve una idea, o mejor dicho tomé una decisión.

No podía perder ni cinco minutos más.

Entré en un bar, tomé un «bourbon» doblé, consulté la guía de teléfonos y llamé a la oficina del senador Natham.

OCHO

NO me fue difícil hablar con él. Casualmente estaba en Nueva York, aunque iba a salir hacia Boston. Y se interesó mucho por mi idea de iniciar una campaña de prensa sobre el «gang» de los narcóticos cuando sólo faltaban tres meses para que la campaña electoral se iniciase.

—Pero tenemos que concretar muchos detalles —dijo desde el otro lado del hilo— y ahora no dispongo de tiempo. ¿No puede usted acompañarme a Boston mañana por la mañana? Viajo en vagón particular. Considérese mi invitado.

—¿Podremos hablar entonces?

—¡Claro que sí, muchacho! —dijo campechanamente— Tanto como quiera. Búsqueme a las once en la estación Grand Central.

Al día siguiente a las once yo estaba allí, dispuesto a viajar con el senador. No llevaba armas, pero estaba atento por si había habido cualquier indiscreción y alguien estaba dispuesto a impedir mi viaje. Sin embargo, no ocurrió nada.

Al senador ya lo conocía por las fotos de prensa. Era un hombre de unos cincuenta años, grueso, casi calvo, con labios sensuales y cara de estar acostumbrado a la buena vida. Pero sus ojos eran inteligentes y chispeaban bajo unas espesas cejas. Debía ser un hombre temible, y me alegró tenerlo de mi parte aquella vez.

—Hola, amigo... Suba, suba,

El vagón privado era fantástico. Así daba gusto vivir. Ni los reyes viajan con tanto lujo, diablos. Había un gran salón, un despacho para un secretario, un baño y dos dormitorios. Natham no me presentó a su secretario, que era un tipo alto, huesudo y de

mirada huidiza. Pero en cambio hizo que un camarero negro nos sirviera unos combinados con hielo que sin embargo abrasaban el estómago y resucitaban a los muertos.

—Así se puede vivir.

—No todo son satisfacciones, créame. Llegar a esto me ha costado mucho. Y ahora hablemos de sus experiencias. ¿Qué le ocurrió con exactitud?... Los periódicos no han aireado eso.

Se lo conté exactamente, sin omitir detalle.

Al terminar, sus ojos brillaban oscuramente. Me di cuenta más que nunca de que era un hombre temible, y que para los del «gang» de los narcóticos no iba a ser agradable tenerlo enfrente. Se frotó las manos.

—¿No se ha presentado al F. B. I. ni a la Oficina Federal de Narcóticos?

—Salí ayer del hospital. Lo primero que hice fue llamarle.

—¿Y no se ha iniciado ninguna investigación?

—Seguro que tiene que haber un sumario por lesiones, pero no creo que las cosas hayan ido demasiado lejos.

—Mejor. Así estarán confiados y daremos el primer golpe.

Se puso en pie y se tocó el voluminoso vientre.

—Bueno, ahora ya es tarde. Vamos a comer...

Nos trajeron al salón una comida especial, y la saboreamos mientras por las ventanillas desfilaban los paisajes verdes y suaves de Massachusetts. El senador era un tigre comiendo, pero aún más que eso, era un charlatán. Empezó a explicarme lo que era el negocio de los narcóticos.

—¿Sabe usted lo que representa un cargamento de «heroína» de veinticinco mil dólares? —preguntó...

—Pues... veinticinco mil dólares.

—¿Qué inocente es usted, amigo mío! —engulló medio muslo de pavo y vació un vaso de vino de Burdeos—. Un cargamento de esa clase significa, vendido al por menor, medio millón de dólares.

—¿Es posible?

—¿Lo duda? ¿Por qué cree que los traficantes de drogas llegan al crimen con tanta facilidad? ¿Y qué sabe usted de las drogas realmente?

—Poco... Lo que todo el mundo.

—Es que la gente no sabe nada. ¿Conoce al menos cuáles son las

principales drogas?

—Pues... el opio, la heroína...

—El opio, la cocaína, el cannabis, el methadone, la dolofina, el demerol, el normethadone, el ketonemidone y la destromoramide. Y aún me dejo algunas.

—No sabía... que fuera usted un experto.

—Simple curiosidad... Conozco, además, los efectos de cada droga. El opio, por ejemplo, es una sustancia que se obtiene de las vainas sin madurar de la adormidera llamada popularmente «flor del sueño». Se cultiva en India, China, Turquía, algunas zonas de Méjico y en todo el Oriente Medio. Produce una sensación de eufórico bienestar y da lugar a fantásticos e increíbles sueños. Cuando se le suprime a un individuo intoxicado, éste sufre terribles colores y náuseas. Pero el opio no es más que el principio.

Llenó otra vez su vaso de vino rojo de Burdeos y lo vació de un trago.

—El opio tiene muchos derivados, principalmente la morfina, la codeína y la heroína. La morfina es un alcaloide blanco y cristalino obtenido directamente del opio. Médicamente posee mucha eficacia, pero es de las drogas más viciosas que existen. La codeína no tiene tanta importancia, pero la heroína, sí. La heroína es, en parte, la reina de las drogas. Deriva directamente de la morfina, y es cinco veces más peligrosa que ésta. Es una sustancia cristalina que varía en color desde el blanco más puro al gris, e incluso llega a alcanzar un tono castaño claro. Produce intensas reacciones, fantasías, fuerza y bienestar, además de eliminar los deseos sexuales. El toxicómano al que le falta esta droga matará, robará y cometerá cualquier delito con tal de conseguirla. Las muchachas que usted conoció, estaban sin duda entregadas a la misma. Nada les importaba, si obtenían su ración. Es una droga que se puede «aspirar» o inyectar. La administración por vía nasal de un grano o dos puede ser suficiente para caer en las garras del vicio.

Evidentemente el senador era un experto. Me sentía asombrado. Tímidamente pregunté:

—¿Cómo se ha preocupado de estudiar esas cosas?

—Simple curiosidad, amigo mío. Las drogas son un problema de nuestro país, y un senador debe conocerlo.

—Celebro oír sus explicaciones. ¿Qué sabe de la cocaína?

—Humm... Es muy sencillo, un alcaloide que se obtiene de la maceración de las hojas de coca, que se cultiva principalmente en Sudamérica. Es una droga cristalina que, al contrario de la heroína, excita los deseos sexuales. Si se usa en grandes dosis produce falta de sueño y una completa extenuación, hasta llegar a causar la locura o la muerte. Y hay quien mezcla la cocaína y la heroína en una especie de «cocktail» que recibe el nombre de «dinamita». Puede administrarse por vía bucal, inyectarse o aspirarse.

Encendió un grueso habano antes de continuar:

—En cuanto a el cannabis, es la famosa marihuana, que tiene más de trescientos nombres distintos. Es la hierba del cáñamo, de cuya semilla, savia y tallo se extrae la droga. El producto de la hierba se fuma, aunque también ha llegado a usarse en forma líquida. Los efectos de esta droga son terribles, porque llevan directamente al homicidio.

Expiró una lenta bocanada de humo.

—Como ve, el catálogo es muy nutrido. Y no le hablo de las drogas sintéticas, de las que cada año se descubren varias, por no cansarle. En este mundo artificial y estúpido en que vivimos, la gente se lanza hacia las drogas con verdadero frenesí, y su producción y venta son uno de los principales negocios del siglo Veinte. Claro que usted, un hombre sano y que aún no ha abordado el problema, no me entenderá seguramente.

—No, no le entiendo —confesé.

—Nosotros creemos que la gente es feliz y no lo es en realidad —dijo el senador con una sonrisa de hastío—. ¿Usted no hubiera creído que Marilyn Monroe era el colmo de la felicidad terrena? Tenía juventud, tenía el amor a puntapiés, tenía dinero y era una de las mujeres más famosas y más envidiadas del mundo. Hasta que de repente... ¡crack! De repente, usted y yo descubrimos con asombro que era una desdichada, que estaba al borde de la desesperación y que en un momento determinado sintió la locura de tomar más somnífero del que necesitaba. Le he dado ese nombre para demostrarle que el mundo moderno no da la felicidad, y que la gente la busca por otros caminos. Créame, no hay felicidad más completa que la de las drogas, aunque sea artificial. Cuando uno está bajo su influencia, cree ser el hombre más rico, más poderoso, más guapo y más amado por las mujeres que existe en el mundo.

Le miré con cierta sorpresa.

—Parece como si usted defendiera el uso de las drogas, senador.

—¡Oh, no! —sonrió—. Lo máximo que hago es reconocer que la angustia del mundo actual hace su uso cada vez más frecuente y que dan una felicidad artificial, cosa que, por otra parte, nadie niega.

Lanzó otra bocanada de humo, mientras yo bebía un sorbo de coñac para dominar la extraña tensión que estaba notando dentro de mí mismo.

—¿Y cómo funciona, el mercado internacional de las drogas? —pregunté—. Usted, que parece un experto, debe saber también eso.

—Claro que sí, amigo mío, claro que sí... El mercado internacional de las drogas, aunque a usted le parezca que tiene que desenvolverse en ambientes sórdidos, está manejado por personas elegantes y que mueven millones. Grandes modistos, perfumistas, arqueólogos, millonarios que parecen viajar por placer... Todos éstos son los que se desplazan a Oriente y compran la materia prima, la droga sin elaborar que hace falta en el mercado.

—Pero, ¿es que... en Oriente nadie prohíbe el cultivo de esas plantas? —pregunté, asombrado.

—En realidad, no. ¿Acaso sabe usted lo que es el Medio Oriente? Una serie de países pobres en continua lucha y donde juegan influencias oscuras y a veces siniestras. La policía es corruptible, y a veces los propios gobernantes tienen participación en los beneficios de la droga. El principal país productor era antes China, y la mercancía se compraba en lugares determinados de los siniestros puertos de Shanghái y Hong-Kong, pero ahora China es país prohibido para el negocio. Los proveedores marchan entonces al Oriente Medio, y a veces también a Indochina, Malaca y la India. Desde allí hacen transportar la mercancía a Italia, donde se elabora.

—¿Cómo la transportan?

—No olvide que los que hacen esos viajes son auténticos millonarios y personas elegantes, de las que nadie desconfía. A veces se trata incluso de mujeres bellísimas. Una sonrisa a tiempo, una propina, y la mitad de las maletas no son abiertas. Otras veces la droga viaja en dobles fondos del equipaje y, si la situación llega a ser muy difícil, en departamentos secretos del mismo buque. A veces esos departamentos secretos no se han descubierto ni tan

siquiera cuando el buque era desguzado. Hombres de confianza en los astilleros ya los habían construido así.

—Pero para conseguir todo eso y mover tales resortes se necesita que las ganancias sean de centenares de millones... —susurré.

—Lo son, amigo.

Miré a través de la ventanilla. En el verde paisaje, se veía a lo lejos a unos cuantos hombres reparando una carretera. Pensé maquinalmente que ni ellos ni yo seríamos ricos jamás. Que el dinero, el gran dinero, pasaba por otros caminos. Y de repente sentí pena y una especie de asco.

—Usted ha dicho —pregunté, mirando al senador— que la mercancía se elabora en Italia. ¿Cómo es posible? ¿Va a decirme que Italia es también un país perdido como los del Oriente Medio?

—¡Oh, no! ¿Cómo iba a atreverme a decir eso? Italia es un maravilloso país. Lo que ocurre es que en Italia, y concretamente en Sicilia, existe la «Mafia». Usted ha oído hablar de esa antiquísima organización secreta, sin duda. «La Mafia», uno de cuyos jefes era el difunto Lucky Luciano, se hace cargo de la droga, la transforma en lugares secretos y la reexpide, ya elaborada, a los Estados Unidos. A veces la droga se elabora legalmente en fábricas autorizadas, como en el caso de unos importantes laboratorios suizos y otros franceses cuyos directores falsificaban las partidas de material y aseguraban estar trabajando en productos inofensivos cuando en realidad transformaban la heroína. Esos pájaros fueron descubiertos hace poco, pero las penas que les correspondieron resultaron mínimas.

Hizo una pequeña pausa y añadió:

—Al llegar la droga a los Estados Unidos, el panorama se transforma. En este país hay que vender la droga al por menor, y conseguir que lo que ha costado cien mil dólares se transforme en varios millones. Para ello la droga se distribuye en raciones ínfimas entre los vendedores, que son pobres gentes del hampa, prostitutas callejeras, jefes de «gang» y dueños de fumaderos y de garitos. Todos ellos están obligados a guardar el secreto y a pagar religiosamente. Cualquier anormalidad, cualquier traición, se castiga con la muerte irremisible.

Bebí otro sorbo de coñac mientras decía en voz baja:

—Ese mundo es el que he conocido yo,

—Exacto, amigo. Y ese mundo es el que le ha dejado a usted sin

manos.

Me las miré. No, no eran deformes y hasta, según y cómo, uno no se daba cuenta de que faltaba el dedo índice de cada una de ellas. Pero aquella marca la arrastraría yo toda mi vida, y aquella deformidad sería algo que siempre me recordaría mi fracaso.

—Tengo que acabar con ellos —susurré con voz tensa—. Esto no puede terminar así...

—¿Acabar con quién? —preguntó burlonamente el senador—. ¿Acaso con todos los que se dedican a traficar con la droga? Absurdo... Sería como intentar liquidar a miles y miles de personas.

—Me las entenderé con sus jefes.

Él dejó sobre el cenicero su puro a medió consumir, y sus ojillos me miraron de una forma extraña.

—Eso es una ridiculez. Usted sabe que uno de los jefes es Lukas, pero nada más. Detrás de Lukas hay otros mucho más poderosos, y aun así no pudo usted vencerle. Al contrario, perdió dos dedos... Sólo pudo liquidar a un estúpido asesino y dejar para el arrastre a un negro que no tenía más virtud que su fuerza ciega. Cuando tropiece usted con los verdaderos jefes, con los hombres importantes, con los que saben actuar desde la sombra, en lugar de los dedos perderá los ojos, y luego la cabeza. No, amigo, no se lo aconsejo... si quiere continuar viviendo.

Encajé las mandíbulas mientras le miraba fijamente.

—¿Por qué, entonces, aceptó mi proposición? —susurré—. ¿Por qué me dijo en principio que podíamos iniciar una campaña de prensa?

—Porque vamos a iniciarla.

—Pero, ¿para qué, si usted mismo no tiene esperanzas de conseguir absolutamente nada?

—Porque va a ser una campaña distinta de la que había usted imaginado.

—No le entiendo.

—Una campaña que le proporcionará a usted el reingreso en su periódico y... pongamos diez mil dólares en metálico.

Mis mandíbulas se encajaron poco a poco, hasta parecer dos piezas de metal, y mis ojos fueron adquiriendo un brillo siniestro, aunque yo no me di cuenta.

—Repito que no le entiendo, senador.

—Su caso ha despertado una cierta alarma, por lo cual es conveniente se inicie una campaña de prensa diciendo que, al fin y al cabo, el «gang» de las drogas no tiene tanta importancia como la gente cree. Los lectores lo creerán, si es usted mismo quien lo firma.

Puse sobre la mesa mis dos manos mutiladas.

—¿De qué lado está usted, senador?

—También puedo proporcionarle un cargo de viajante —dijo sin contestar directamente a mi pregunta—. Vivirá como un auténtico millonario yendo y viniendo de Nueva York al Oriente Medio. Su única responsabilidad consistirá en hacer llegar a su destino unas grandes y lujosas maletas provistas de doble fondo.

Me puse en pie, pero Natham no se alteró ante mis facciones descompuestas ante mi gesto de ira. Al contrario, sonrió plácidamente desde el otro lado de la mesa.

—¿Sorprendido? —preguntó suavemente.

—Natham es usted un... un canalla.

—¿Porque me gusta vivir con lujo? ¿Porque me gusta viajar en vagones-salón especiales y tener a mi disposición las mujeres más bonitas de los Estados Unidos? ¡Oh, amigo mío, qué estúpido es usted! ¡Qué estúpido y qué joven! Por un lado no tiene más que la mutilación, la pobreza y la muerte. Por otro, yo le ofrezco la riqueza y el dinero, y todavía se indigna. Repito que me gusta vivir bien y tener mi reelección asegurada. Puedo llegar a lo más alto en la política, del país, sabiendo que los «gangs» me apoyan. Pero necesito un buen jefe de prensa, un hombre decidido, audaz y joven, y es jefe puede ser usted. Piense en lo que le ofrezco. Ha tenido usted mucha suerte al llegar hasta mí, jovencito...

Sonrió campechanamente.

—Tiene usted dos minutos para responder.

—Me basta con... uno.

Y, puesto de pie ante él, como estaba, le escupí en el rostro.

El senador se puso pálido...

—¡Dale, Jim! —rugió.

Y en aquel momento la culata de un revólver se abatió sobre mi cabeza.

NUEVE

ESPERABA algo parecido, pues desde que el senador empezó a mostrarse como quien era pensé que su secretario debía ser más experto con el revólver que con la pluma. Y yo lo tenía a mi espalda.

Debí haberme vuelto antes; pero de todos modos pude evitar que el culatazo me alcanzase de lleno. El arma resbaló por mi cuello y mi hombro, mientras me volvía como una peonza.

El llamado Jim lanzó un grito.

Lo alcancé con los dos puños en el estómago cuando todavía tenía el arma levantada, es decir cuando, según el lenguaje de los boxeadores, estaba con la guardia demasiado alta. Recibió los impactos y se dobló mientras tenía una náusea. Entonces preparé un gancho para clavárselo en el mentón, como es clásico cuando uno tiene al contrario babeando e inclinado hacia adelante. Pero el tipo aquél no era un muñeco.

Tenía clase peleando, y yo no llegué a conectar el golpe.

Bruscamente levantó la rodilla, clavándomela en el vientre, y entonces el que me encogí fui yo. Pudo bajar la culata del revólver y clavármela en mitad de la cabeza.

Sentí que todo daba vueltas alrededor mío, mientras el estómago parecía subírseme a la boca, y caí de bruces al suelo.

El senador gritó:

—¡Muy bien, Jim! ¡Ahora vienen los túneles!

Comprendí lo que eso significaba. Iban a clavarme una bala en la cabeza y a arrojarme del tren en cualquier túnel, donde quizá tardarían semanas en encontrarme. Di dos vueltas por el suelo, y el

primer balazo arrancó astillas a la pata de una mesa. El senador aulló:

—¡Imbécil! ¡Vas a dejar esto lleno de huellas! ¡¡Machácale la cabeza fuera del vagón!

Jim se abalanzó sobre mí, arrastrándome por los cabellos, mientras el grueso senador me pateaba los riñones con todas sus fuerzas. Entramos en un breve túnel, y las luces del vagón se encendieron. Todo parecía llenarse de sombras y bailar de repente al compás de una danza macabra.

Jim abrió la puerta con una mano, mientras con la otra me seguía teniendo sujeto por los cabellos. El senador me levantó en vilo, sujetándome por ambos pies, para ayudarme.

Le aticé en el bajo vientre dos golpes consecutivos que le hicieron salir despedido hacia el otro lado del vagón, aullando de dolor.

Jim se apoyó con un pie en una jamba de la puerta, para no perder el equilibrio, y volvió a descargarme la culata en la cabeza otra vez. Pero en el momento en que el arma bajaba como un rayo, yo había reaccionado ya.

Comprendí que, si me golpeaban de nuevo, yo perdería el sentido y entonces me convertiría en la víctima más fácil del mundo.

Sujetándome por los pies y colgándome la cabeza fuera del vagón, de modo que fuera chocando contra las piedras de la vía, me la convertirían en pulpa en menos de un minuto. Luego me quitarían la cartera, me dejarían caer debajo de las ruedas, de modo que el tren me mutilase en el interior del túnel, y quizá ya nadie sería capaz de reconocerme.

Un bonito fin.

Y todo dependía de que aquel culatazo llegase o no al centro de mi cabeza.

Como tenía las manos libres, sujeté la muñeca de mi enemigo en el último segundo.

Jim lanzó un aullido al sentir que se la retorció con todas mis fuerzas. Tiró aún más de los cabellos, haciendo el torniquete, pero el dolor insufrible hizo que aumentaran mi desesperación, y mi fuerza. Crujieron los huesos del hombre y tuvo que dejar caer la pistola al suelo. En ese momento el senador volvió a la carga con

redoblada furia.

Era un hombre poco ágil, pero en lucha a corta distancia resultaba temible, a causa de su corpulencia. Fue a golpearme en el bajo vientre, devolviéndome la moneda, pero yo me retorcí y pude esquivarle. Su puntapié se perdió en el aire.

Las luces se apagaron al salir el convoy del túnel, pero inmediatamente volvieron a encenderse porque entrábamos en otro. Mis dos enemigos necesitaban el aprovechar ese momento.

El senador se agachó para recoger el revólver, dispuesto ya a lo que fuera para librarse de mí. La fuerza con que Jim sujetaba mis cabellos se hizo aún más intensa. No podía librarme.

—¡Atícele, senador! ¡Ni siquiera habrá tiempo para que el suelo se manche de sangre!

Sujeté con ambas manos la muñeca de Jim, haciendo que me sirviera de soporte, y levanté ambas piernas para enlazarle el cuello. A pesar de que me faltaban los índices, mis manos sujetaban con fuerza normal, que la desesperación redoblaba. Jim, que sólo se apoyaba con un pie en la jamba de la puerta, perdió el equilibrio y rodamos los dos por tierra.

El senador, perdido el dominio de sus nervios, hizo fuego otra vez. Las detonaciones no debían escucharse desde los vagones contiguos a causa del fragor del convoy al avanzar a gran velocidad por el túnel. La bala fue a perderse a través del vacío de la puerta.

—¡No tire, senador! ¡No tire!

El que gritaba era Jim, temeroso de ser alcanzado. Los dos rodamos por el suelo desesperadamente y de pronto sentimos que estábamos al borde mismo de la puerta.

Jim aulló, y yo intenté sujetarme. No me interesaba que cayésemos porque iba a ser la muerte para los dos.

Jim suplicó:

—¡Socorro, senador! ¡Soc...!

El senador, rabiosamente, nos dio un puntapié y nos precipitó a los dos al vacío. Fue un crimen canallesco y cobarde, digno de una hiena. A mí quería liquidarme, y Jim le estorbaba ya. De un solo puntapié nos enviaba a los dos al infierno.

Chocamos contra uno de los peldaños, hice lo posible por girar y dimos una vuelta completa. Jim cayó debajo.

Sentí su cuerpo estremecerse al contacto de las piedras, mientras

las ruedas del convoy pasaban vertiginosamente tan sólo a unos centímetros de nuestros torturados huesos.

Cuando el tren acabó de pasar, sentí una náusea y me pareció que algo estallaba dentro de mi cabeza. Y, efectivamente, era el silencio lo que estallaba en mi cráneo. El silencio que penetraba como un líquido por mis oídos, por mis ojos. El silencio de la muerte.

Me moví penosamente, pensando a cada momento que no podría mover alguna de mis articulaciones porque estaría rota. Pero, no. Al parecer, y aunque estaba horriblemente magullado, conservaba todos mis huesos y todos mis músculos. En cambio, Jim, debajo, no se movió.

Como no podía acostumbrar mis ojos a la oscuridad, que era completa, lo palpé y retiré la mano manchada de sangre al tocar su cabeza. Pero necesitaba saber si estaba muerto o no. Venciendo mi aprensión, seguí la línea de la herida hasta darme cuenta de que tenía la cabeza completamente hendida. Por otra parte, en su pulso no se apreciaba el menor latido. Jim estaba bien muerto.

Y no lo había matado yo, sino el podrido senador Natham.

Con todo cuidado, lo registré y terminé llevándome su cartera, donde podía haber cosas interesantes. Luego limpié mis manos en su propio traje y, apoyándome en la pared, fui caminando hacia la salida del túnel.

Los minutos se me hacían interminables. A cada instante temía encontrarme con otro convoy, cuya luz me deslumbrase y cuyo conductor me descubriera. O tropezar con alguno de los empleados que a veces hacen su revisión por los túneles. Pera nada de eso sucedió, afortunadamente para mí. De pronto, al terminar una curva, vi a cosa de media milla la salida del túnel.

Corrí ansiosamente, tropezando, hasta encontrarme a plena luz del día. Entonces respiré. Me parecía haber salido de una pesadilla, me parecía haber escapado de mi propia tumba. Como un beodo, descendí hasta un riachuelo y me sumergí de bruces en él, hasta que me faltó, la respiración. Pero el contacto del agua fría logró despabilarme.

Me puse en pie, me quité la americana y vi que en ésta no había otras manchas que las del polvo, las cuales quité sacudiendo la ropa, una vez me hube lavado las manos cuidadosamente. Me alisé

entonces los cabellos y pensé que, después de todo, tenía un aspecto presentable. Ahora me convenía emigrar de allí porque era posible que el senador, una vez recuperada la serenidad, me denunciara en la próxima estación diciendo que era yo el que les había atacado a él y a su secretario.

Un sendero que descendía en espiral me condujo a un valle por el centro del cual pasaba una carretera secundaria.

Hice «auto-stop» y pasó un camión.

—¿Va a Nueva York, amigo?

—Sólo puedo dejarle treinta millas más allá. Pero suba.

Tuve que repetir la operación tres veces para llegar a Nueva York. Una de las que me recogió fue una vieja viuda que no quería soltarme ni a tiros, y eso que yo no soy demasiado guapo. Tuve que darle una dirección falsa y prometerle que nos veríamos.

Una vez en Nueva York, no fui a mi apartamento, por temor a que la policía me buscara allí. En un lío entre el senador y yo, la policía creería al senador ante todo. Me encaminé a un hotel modesto y me inscribí con un nombre falso. Una vez en la habitación, tomé una ducha fría, pedí una botella de coñac, una jarra de seltz, cubitos de hielo, me aticé una ración como para tumbar a un elefante y luego me tendí a dormir.

Sólo pude tener los ojos cerrados un par de horas.

Me desperté intranquilo y nervioso y con la sensación de que había de luchar inmediatamente contra una máquina que podía aplastarme. Si un traficante de drogas como Natham estaba en el mismísimo Senado, y si fiaba su reelección precisamente al apoyo de «gangs», era que cualquier cosa podía ocurrir. Yo estaba condenado a muerte de todos modos, pero tenía que ponerme en movimiento antes de que aquella máquina me aplastase. Tenía que denunciar a los hombres que la dirigían antes de morir.

Examiné el contenido de la cartera de Jim.

Varias tarjetas con su nombre y el pomposo subtítulo de «Secretario particular del senador Natham», unas direcciones de chicas, la tarjeta de un hotel de mala fama y billetes por valor de dos mil dólares. Eso era todo, es decir, nada.

Necesitaba algo, más. Las direcciones de los hombres que presidían el «gang» de las drogas, que habían ordenado mi muerte, tenían que estar allí. Era posible que Jim las llevase encima.

Pero no.

Desalentado, me senté en un borde del lecho, mientras bebía un nuevo vaso y pensaba que, al fin y al cabo, Jim era una pieza de muy poca importancia. No había razón para qué tuviera en su poder nombres comprometedores ni documentos que pudieran llevar a nadie ante un jurado.

Pero entonces, ¿dónde podía buscar? ¿Tenía que enfrentarme de nuevo al propio senador?

Revisé una por una las direcciones de muchachas que había en la cartera del muerto y de pronto creí hallar una salida.

Una de las direcciones era ésta: «Judith Grey, 818 Avenue Jena... París.» ¿Por qué tendría él la dirección de una chica francesa? ¿Y de qué me sonaba a mí la Avenue Jena?

De pronto, recordé. ¡El pasaporte de Sigríð, la primera muchacha asesinada! ¡Ella también era residente en París y tenía su domicilio en la avenida de Jena!

¿Era posible que allí existiese alguna relación?

Decidí jugármelo todo a una carta, después de recordar que aún no había devuelto el dinero que me dejó en el hospital el director del «Star». Aquello me bastaría para costearme el viaje a París, ida y vuelta, en un avión. Y quizá la vuelta no hiciera falta...

Arriesgándome a que la policía me estuviera esperando para echarme el guante, aquella misma noche me presenté en el aeródromo de Idlewill y pedí en una de las oficinas de la «PAA» un pasaje para Europa.

DIEZ

LA policía debía estar buscándome por las inmediaciones del túnel y por mi apartamento de Nueva York. Seguramente pensaron además que yo rondaría cerca del senador y cerca de Lukas, para vengarme, y que no intentaría salir del país. El caso fue que no noté nada sospechoso en torno mío y nadie intentó detenerme.

Por un momento pensé que me estaban dando cuerda para que me ahorcase yo mismo. Tal vez. Pero estaba ya en el avión y no podía retroceder. Tenía que seguir hasta el fin por aquel camino.

A mi llegada a París, fui a hospedarme a un pequeño hotel de la rue Lepic, del que había oído hablar a un amigo. Yo no conocía entonces París más que por referencias. Un viaje a la capital francesa había sido el sueño de mi vida, y no dejaba de tener gracia que ahora hubiese de realizarlo con la muerte pisándome los talones. Porque, sólo al llegar a la capital, me di cuenta ya de que los hombres del «gang» estaban tras mis huellas.

Un fulano con tipo de matón no me quitó ojo de encima desde que desembarqué en Orly. Era uno de esos matones baratos que han dado fama a ciertos barrios de París y de Argel, y a los que se huele a una milla de distancia. Debieron pensar que él bastaría para acabar conmigo.

Me hacían muy poco honor.

Cuando descendí de mi habitación de hotel, en la rue Lepic, el tipo me estaba esperando al volante de un coche. Había otros dos con él, y éstos tenían aspecto de argelinos. Comprendí enseguida de qué se trataba.

Querían dar al asunto un aspecto de venganza racial. Querían

liquidarme como si yo fuera un tipo de la O. A. S. La policía apenas investiga en crímenes así, porque ya forman parte de la rutina diaria. Me enviarían dos balazos y en paz.

Supongo que el amigo lector ha oído hablar de la rue Lepic. Es una famosa calle, estrecha y pintoresca, que sube, desde las inmediaciones del Moulin Rouge hasta las alturas de Montmartre, pasando por el Moulin de la Galette, que tantos pintores han inmortalizado, y por la Place du Tertre. Es un sitio muy hermoso, pero no lo bastante hermoso para morir.

La calle estaba llena de puestos de verduras, puesto que por la mañana es un gran mercado. Y cuando vi el coche allí detenido, comprendí que no tenía más remedio que armar una zarabanda.

Me arrojé detrás de unas cajas mientras sonaba estrepitosa la primera ráfaga de metrallata. Las naranjas y las manzanas que estaban en aquellas cajas, saltaron hechas pulpa. Di dos vueltas sobre mí mismo y arrojé contra el automóvil una pequeña piña americana que adornaba uno de los puestos. Los de la metrallata, que apenas tuvieron tiempo de verla, debieron creer que se trataba de una pequeña bomba tipo «tonelette». Se oyó un rugido al desembragar el coche violentamente, arrancando con tal precipitación que estuvo a punto de calarse. Una segunda ráfaga, disparada con excesivo nerviosismo, mató por segunda vez una sarta de pollos colgados en otro establecimiento. Desde luego, los fulanos contratados por el «gang» no estaban haciendo un papel demasiado brillante.

Se oyeron unos silbatos cercanos, y la calle se llenó de gritos. Los del automóvil —un rápido 404— no podían perder ni un minuto más. Desaparecieron rue Lepic abajo, hacia el boulevard de Clichy, mientras yo intentaba perderme entre la multitud.

Entre los centenares de personas que en aquel momento llenaban la calle, nadie sabía contra quién habían disparado aquellos tipos, en realidad. Inmediatamente se formaron corros que se dispersaron al llegar los agentes. Yo me evaporé también, descendiendo hacia la Place Blanche, donde fui tragado por la multitud.

Me entraba un sudor frío al pensar en la prisa que se habían dado aquellos buitres de Nueva York.

Eran mucho más listos y mucho más veloces que la policía. Ellos

habían vigilado los aeropuertos, dándose cuenta de que era posible que fuese a París al encontrar la dirección de Judith Grey entre los papeles. Seguramente habrían enviado una foto mía por radio. No iba a estar seguro ni aunque me ocultase en el último lugar del mundo.

De todos modos. París me fascinó. París me hizo olvidar que no era más que un condenado a muerte

Pasé el día deambulando de un lado a otro para ambientarme. Sobre todo necesitaba conocer muy bien las ramificaciones del Metro, por si tenía que huir a través de la gran ciudad. Estuve también en la avenida de Jena, vigilando el portal donde vivía Judith. La avenida de Jena es una calle elegante y burguesa, que le deja a uno en las inmediaciones de la torre Eiffel. Calle de médicos silenciosos y eficaces, de discretos abogados y de rentistas que se preocupan de la desvalorización del franco. Me hice a la idea de que, viviendo allí, aquella tal Judith Grey tenía que ser una mujer de media edad, relativamente bonita, distinguida, elegante e hipócrita.

Por la noche, después de haber cenado en un restaurante «self service», de la Rue de Gay-Lussac, comprendí que lo más prudente sería no volver al hotel de la Rue Lepic, donde probablemente me estarían aguardando. Pero al mismo tiempo, para descubrir algo, necesitaba ponerme un poco a merced de los hombres del «gang». Si lograba esquivar sus próximos zarpazos y capturar a uno de ellos, me daría, quisiera o no, una información que iba a serme muy útil.

También pensé que convenía ir a ver cuanto antes a la misteriosa Judith Grey. Ella era, en realidad, la única pista que tenía en París. Ella, convenientemente interrogada, podía darme detalles muy útiles acerca de la rama neoyorquina del «gang» de las drogas, que yo pensaba destruir.

Pero me dije que no convenía precipitarse. El sitio donde me estarían aguardando los pistoleros más escogidos sería precisamente la avenida de Jena. Ellos sabían que había venido a París a ver a Judith Grey, y en el domicilio de ésta me habrían tendido las mejores trampas.

Convenía no precipitarse. Era mejor dejarles cocerse durante un par de días en su propia salsa.

Fui al «Moulin Rouge» y procuré perderme entre los que se

extasiaban contemplando las evoluciones de las bailarinas en el más puro, excitante y frenético can-can. A las doce de la noche todo había terminado; tomé un par de copas y regresé a mi hotel.

—¿Ha preguntado alguien por mí? —pregunté— al conserje.

—¿Usted qué habitación ocupa?,

—La diecinueve.

—¡Humm!... La diecinueve. No, no veo ningún recado en su cajetín. No ha preguntado nadie.

Subí a la habitación, obrando con mil precauciones para no caer en una trampa. Cada uno de los oscuros recodos del hotel podía ocultar un peligro, y yo lo sabía. Pero llegué a la habitación sin novedad. Aparentemente, todo estaba intacto.

Revisé todos los rincones y, una vez tranquilizado, me di una buena ducha fría.

Cerré la habitación desde dentro y pensé que había llegado el momento de descansar. Mis enemigos no repetirían el golpe, por lo menos hasta la mañana siguiente. Había sido un estúpido al preocuparme tanto.

Me metí en el lecho.

Y de pronto tuve la sensación de la mismísima muerte, de la muerte más sórdida, más angustiosa, más traicionera que puede imaginar un hombre.

ONCE

SÓLO al introducirme en el lecho ya noté, el contacto de las patas peludas de la araña. Fue un contacto repelente que me dio frío y me produjo en todo el cuerpo como un angustioso calambre. Salté del lecho con una velocidad meteórica, mientras el agujijón me rozaba la piel sin llegar a clavarse en ella.

Desde el suelo, la vi.

Era una tarántula, de esas cuya picadura causa la muerte, pero además era de un tamaño enorme, la más descomunal que yo había visto nunca. Sólo dos agujionazos de aquel bicho hubieran terminado conmigo.

Aún estaba en parte dentro de la gran cápsula de gelatina con que la habían transportado hasta allí. La gelatina, con el calor del lecho, se había ido disolviendo hasta permitir el paso del repugnante insecto. Sólo por un auténtico milagro había podido librarme de sus picaduras.

Temblando aún por el angustioso momento vivido, la contemplé como una horrible mancha en el centro de la sábana. Comprendí que necesitaba matarla, pero dando la sensación de que continuaba viva aún. En aquella araña estaba precisamente mi única posibilidad de victoria.

Con cuidado, tiré de la sábana superior y, cuando la araña saltaba, la envolví. Corrí con el bulto a la bañera y lo deposité bajo los grifos, que abrí, al máximo. Pronto la bañera se fue llenando de agua y el bulto flotó; pero lo mantuve bajo el agua colocando encima un pesado perchero. Oía bajo el líquido los movimientos repugnantes de la araña. Quince minutos más tarde, aquellos

movimientos habían cesado. Tardó en ahogarse mucho más que una persona. Retiré las ropas y el cuerpo flotó, pero al intentar retirarlo todavía movió una pata.

Hube de repetir la operación, y para mayor seguridad dejé a la araña bajo el agua mientras yo me vestía.

Luego la retiré, con repugnancia, y la puse a mi lado en el lecho. A continuación, llevando los pantalones y los zapatos puestos, pero el tronco desnudo, descorrí el pestillo de la puerta, para que ésta pudiese abrirse desde fuera, y me tumbé a dormir.

* * *

No, no estaba loco.

Yo sabía que mis presuntos asesinos no tenían más remedio que hacer una cosa, si querían salir bien de aquello: retirar la araña. Cuando los del hotel avisaran al médico, éste certificaría mi defunción por síncope o algo parecido, y no se le ocurriría examinar mi pierna por si había en ella unos picotazos. En cambio, dejar la araña allí significaba una pista demasiado clara. No... Definitivamente tenían que retirarla.

Esperé.

Sobre las seis de la madrugada, en mi duermevela, creí escuchar un ruido muy suave en el pasillo. Alguien se aproximaba.

Por entre las pestañas vi que se movía muy lentamente, muy lentamente, el pomo de la puerta.

Luego alguien entró.

Una mujer.

Me olvidé de que, oficialmente, yo estaba muerto.

¡Porque aquella era la mujer más descomunal que yo había visto en todos los días de mi vida!

* * *

Vio la araña junto a mí y, como yo había contenido la respiración, creyó que estaba muerto.

La quietud de la araña no tenía nada de particular, puesto que esos bichos suelen estar inmóviles hasta el momento en que, de repente, atacan. Vi que la mujer sacaba de su bolso un artefacto de mango plegable, muy semejante a los que se usan para cazar mariposas.

Cuando estaba a dos pasos del lecho, lo dejó caer sobre la araña, sin mirarme a mí ni siquiera una vez.

Inmediatamente, moviendo un resorte del mango, la red se cerró y la araña quedó prisionera.

La mujer lanzó un suspiro.

—¡Qué descanso! ¿Verdad? —dije—. Ha de ser fastidioso cazar un bicho así.

Me miró con ojos desorbitados y fue a lanzar un grito. No pudo. Salté sobre ella.

Sólo pudo decir:

—Pero...

Le tapé la boca y caí con ella sobre el lecho. Era la mujer mejor formada, la más bonita y más elegante que he visto. Y no estaba delgadita, cuerno. Casi lamenté que se rindiera demasiado pronto.

La hice doblarse de espaldas y le até las manos con mi corbata. No gritó, quizá porque se dio cuenta de que su situación era más comprometida que la mía. Lo único que hizo fue intentar mordirme la mano y propinarme un par de puntapiés con sus finísimos zapatos de alto tacón. Perdió uno de ellos y yo lo recogí. Mientras tanto, ella quedó sentada en la cama, mirándome con ojos desorbitados.

Como tenía las manos atadas a la espalda, no pudo arreglarse la posición de la falda.

Yo la miré. La miré bien, diablos. Pensé que al menos podía tomarme esa pequeña venganza, después de haber estado a punto de morir bajo el aguijón de una tarántula.

¿Queráis saber cómo era la chica?

Bueno, pues... debía tener unos veinte años. Era una auténtica señorita parisién, con ese sello especial que sólo las mujeres de París tienen. Vestía un traje de lanilla gris, muy ceñido a sus formas opulentas. Las medias color salmón daban a sus piernas un tono de inquietante frivolidad, y en cuanto a sus zapatitos, eran, los de tacón más alto y audaz que he visto.

Tenía los ojos azules y los cabellos rubios, pero su aspecto no era angelical, no. Su aspecto era más bien el de una fantástica «vedette» de revista.

—¿Quién es usted? —tuvo la osadía de preguntarme—. ¿Por qué me ha atacado?

—De modo, nena, que el que tiene que dar explicaciones todavía soy yo.

—He entrado en esta, habitación por descuido y... me he asustado al ver la araña.

—Y por eso llevaba el aparatito preparado, ¿no?

—Lo llevo siempre. Estoy haciendo un curso de Entomología en la Sorbona, y suelo cazar insectos.

—¿Nunca caza cadáveres?

—No sé lo que quiere decir.

Habíamos empezado a hablar en francés, pero al darse cuenta de mis dificultades, ella tuvo la cortesía de seguir en inglés. Tenía un acento un poco áspero, un acento que parecía el de Brooklyn.

—No entiendo lo de los cadáveres, pero va a hacerme el favor de dejarme arreglar la falda. Se está dando un atracón.

—Es verdad, nena.

—Pedazo de marrano...

—Pedazo de muerto estaría mejor. Lo habíais preparado todo muy bien.

—Repito que no sé a qué te refieres. ¡Y ahora, suéltame las manos! ¿Tienes miedo de que me escape?

—Primero he de devolvarte tu zapato.

Se lo puse yo mismo, arrodillándome a sus pies. La verdad es que hubiera estado haciendo aquella operación durante toda la semana. Ella me envió un punterazo y lo esquivé por casualidad.

—Y ahora desátame —exigió.

Lo hice. Quedamos los dos uno frente al otro, yo mirándola y ella frotándose las muñecas.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar.

—Lo sabes demasiado bien. Me llamo Larry Barton.

—¿Y qué?

—Soy un periodista de Nueva York y a estas horas tenía que estar muerto. Supongo que eso sí que te dice algo.

Fui lentamente hacia el teléfono, en vista de su silencio, y lo descolgué sin dejar de mirarla.

—¿Qué vas a hacer? —susurró.

—¿Qué es lo que se hace en estos casos? Llamar a la policía.

—Por favor, no lo hagas.

—De acuerdo, pero vamos a hablar.

—¿De qué?

—¿Llamo o no llamo a la policía?

—Está bien, tú ganas. Hablaremos.

Colgué el auricular, me vestí la camisa, remetiéndola en los pantalones, y me puse una corbata, todo ello vigilando para que no intentara llegar hasta la puerta. Pero ella no se movió.

Quieta en el centro de la habitación, mirándome, parecía una estatua. La estatua de una diosa.

—Listos... —dije—. Te invito a desayunar. ¿A qué hora tenías que encontrarte con tus jefes?

—Yo no tengo jefes.

—Pues con tus compañeros, es igual.

—Dentro de tres horas, en el Museo Carnavalet.

—Tenemos tiempo.

Fuimos a la puerta, pero antes de abrir yo tomé su bolso, en un gesto repentino, y volqué su contenido sobre la cama. Había allí una pistola de pequeño calibre, que para lucha a muy corta distancia era eficaz. Me la guardé en el bolsillo, sin que ella protestara.

—Y ahora vamos.

Ella tenía un coche, un precioso «Floride» descapotable, aparcado a no mucha distancia de allí. Todo en la muchacha olía a distinción, a elegancia, y yo cada vez me asombraba más de que pudiera estar metida hasta el cuello en el siniestro mundo de las drogas. Cuando apretó los pedales, enseñando hasta más arriba de las rodillas, parecía una muñeca.

—¿Dónde quieres que te invite? —pregunté.

—En ninguna parte. Te invito yo.

—Eso sí que es curioso. ¿Y a dónde vas a llevarme?

—A mi casa.

Podía ser una trampa, pero accedí. En su casa averiguaría más cosas que en cualquier café de Montmartre.

Me llevó a la avenida de Jena, y al ver la dirección que tomábamos, yo palidecí.

¡De modo que ella era Judith! ¡Judith Grey, la muchacha que yo había andado buscando!

—No creí que tú fueses Judith Grey. No esperaba tener tanta suerte.

—¿Es que has venido a París precisamente para buscarme a mí?

—Sí.

—Es extraño. Todo el mundo tenía órdenes, de no dar mi dirección. Y yo sé que esa clase de órdenes no se vulneran nunca.

—El hombre que me dio tu dirección no vulneró ninguna orden. Estaba muerto.

Se estremeció mientras frenábamos ante la casa que yo ya conocía, la misma que había estado vigilando el día anterior.

El piso de Judith ocupaba una planta entera y, al parecer, lo atendían dos doncellas. Era uno de los lugares más encantadores, exquisitos y bien cuidados que he visto. Desde uno de los grandes ventanales de la salita donde nos sentamos se veía la torre Eiffel.

Sin esperar nuestras órdenes, una doncella silenciosa, guapa y bien formada, nos sirvió un desayuno, que Judith distribuyó con la elegancia de una verdadera aristócrata.

—Cada vez lo entiendo menos —susurré mirándola.

—¿Qué es lo que entiendes menos?

—Que tú seas uno de ellos.

—Si me dices quiénes son «ellos», te entenderé mejor

—¿Qué papel juegas tú en el tráfico internacional de drogas? ¿Viajas hasta Oriente para obtener la materia prima? ¿Eres una confidente? ¿O estás en contacto con los laboratorios que en secreto transforman la droga?

No me contestó. En aquel momento oímos un taconeo suave y discreto, y entró la misma doncella trayendo «Le Fígaro» y «L’Intransegeant», en una bandeja de plata.

—Los periódicos, señorita.

—Está bien. — Déjelos así.

Yo me apoderé de uno porque había visto una noticia interesante, con titulares destacados, en la primera página. La noticia me afectaba, y mucho. Se refería nada menos que a la muerte en accidente de automóvil del senador Natham, uno de los más eficaces y brillantes en la moderna historia política de los Estados Unidos, un hombre que había, dedicado su vida entera a luchar contra el crimen y la corrupción. El comentarista destacaba, sobre todo, sus vibrantes discursos contra el tráfico mundial de drogas.

Cuando terminé de leer, una sonrisa burlona distendía mis labios.

—De modo que ya le han ajustado las cuentas al senador

Natham —dije.

Judith había palidecido.

—¿No crees, de verdad, que haya podido morir en accidente?

—Soy demasiado mayorcito, nena, y conozco los procedimientos de esa gentuza. Mira mis manos.

Se las mostré. Quizá hasta entonces no se había dado cuenta exacta de que me faltaban los índices. Supe leer en sus ojos una expresión de horror.

—¿Quiénes... fueron?

—Un tipo llamado Lukas, junto con otros. Les ajustaré las cuentas.

—Por lo visto, quieres suicidarte.

—No me importa que me maten, y eso es lo único que me hace temible. En realidad, siento desprecio de mí mismo.

—¿Por qué?

—Por algo sucio que hice una vez.

Yo sentí el calor de sus ojos azules mientras ella me miraba fijamente por encima del borde de su taza.

—¿Qué hiciste?

—No voy a contártelo ahora, pero era algo relacionado con una muchacha. Una chica a la que conocí en Nueva York.

—¿Cómo se llamaba?

—Prefiero no recordar aquello.

Bebí un sorbo del contenido de mi taza, esperando que ella hablase. Yo estaba con todos los nervios en tensión, esperando que ella hablase y pensando que aquello podía ser una trampa. Seguramente los hombres del «gang» estaban allí, acechando, y seguramente aquellas finas doncellas que nos habían, servido eran sus amiguitas. Sin saber por qué, me entraron unos sordos deseos de matar al pensar que Judith Grey también podía entregarse a los jefes de la organización, que ellos podían tal vez hacer suya aquella muñeca y besar su boca.

En aquel momento una de las doncellas volvió a entrar,

—Un caballero la espera, señorita. Dice que es personal e importante.



—Nunca hubiera imaginado que se trataba de usted...

4 — Zarpa

Judith, muy pálida, se puso en pie. Yo hice lo mismo, apretando los labios.

—Ya vienen a pedirte cuentas, ¿no? —mascullé—. Ya vienen a preguntarte si el palomo ha muerto.

—Te juro que no sé qué es esto. Nadie tenía que acercarse por aquí. Yo debía limitarme a encontrarme con ellos en el Museo Carnavalet.

—Te acompaño.

En el suntuoso vestíbulo aguardaba un tipo a quien reconocí inmediatamente. Era un americano, uno de los buitres que estaban con Lukas el día en que mataron al hermano de Gus y a mí me cortaron los índices. El fulano, que tenía un sobre en la mano derecha, lanzó un rugido al verme, lo dejó caer y fue a sacar un arma de su funda axilar, pero no le dejé tiempo. De un golpe en el cuello con el canto de la mano le corté la respiración, y de otro golpe igual en la nuca lo envié a tierra sin sentido.

No hacía falta ser un titán para conseguir aquello, puesto que me limité a aprovechar su sorpresa. Una vez el fulano en el suelo, recogí la carta y se la entregué a Judith

—Seguro que había venido a traerte esto.

—Sí... Es carta de mi hermanastra. Seguramente han aprovechado un viaje para entregármela en mano.

—¿Tu hermanastra?

—Vive en los Estados Unidos. ¿O es que no puede tener una familiares allí?

—Claro que sí, nena. Seguro. Ábrela.

—Lo que ella dice son cosas particulares... Nadie tiene derecho a meterse en esto.

El fulano que estaba en el suelo empezó a moverse. Le retiré la pistola de grueso calibre que tenía a medio sacar de la funda y le aticé con la culata en la cabeza. El hombre volvió a quedar quieto otra vez.

—Si de mí dependiese, lo mataría aquí mismo —dije con voz ronca—. Él fue uno de los que me mutilaron.

—Cierra la puerta, por Dios... No quiero que mis doncellas vean esto.

—¿Es que tus doncellas son unos angelitos?

—Ellas me tienen por una auténtica dama.

—De acuerdo. Cerraré.

Una vez hecho esto, me volví hacia Judith: que ya había abierto con nerviosismo la carta.

La leyó velozmente, y advertí en sus facciones un gesto de alivio.

—Mi hermanastra me dice que está bien.

—De acuerdo. No sabes cuánto me alegro. Me alegro tanto que yo también quiero leerlo.

Se la arranqué de las manos sin que pudiera evitarlo. La carta

estaba escrita en papel suave y con una elegante caligrafía femenina. Pero yo no me fijé demasiado en eso.

Yo me fijé en la firma. La firma, que era sencillamente: «Sigrid».

¡Sigrid, la muchacha muerta en Nueva York varias semanas antes!

DOCE

—¿QUÉ te ocurre? —preguntó Judith al notar mi palidez.

La miré.

En sus ojos azules había, a pesar de todo, una especie de candor, una luz de inocencia.

—Necesito hablar contigo, Judith.

—Eso es lo que íbamos a hacer. Hablar, ¿no?

—Yo quería interrogarte, pero ahora va a ser al contrario. Yo seré quien hable. Estoy seguro de que luego me lo explicarás tú todo sin necesidad de hacerte preguntas.

—Como quieras. Pero, ¿qué hacemos con ése?

—¿Tienes algún otro automóvil? ¿Un automóvil cubierto, por ejemplo?

—Sí. Un viejo «Peugeot».

—Sácalo y aguárdame en la puerta de la casa, con el motor en marcha. Este tipo, va a acompañarnos.

—¿Puedo saber... qué pretendes?

—Supongo te bastará, de momento, con que te diga que ya no te considero mi enemiga, sino más bien una aliada. Haz lo que te indico, por favor.

Ella desapareció por la puerta exterior. Yo esperé a que el desmayado empezara a recobrar el sentido, y entonces le puse en las narices el cañón de su propia pistola.

—¿Te gusta? —pregunté.

—Perro sarnoso, te voy a...

Le golpeé tres veces la nariz con el cañón y se la convertí en papilla. No gritó, pero tuvo que arañar desesperadamente las

baldosas, que habían quedado cubiertas con su sangre y con sus lágrimas. A partir de ese instante no dijo una palabra.

—Vas a venir a dar un paseo con nosotros —le advertí—. Y puesto que estamos jugando a muertos, te advierto que no me importará vaciarte la cabeza, si te pones tonto. Mucho cuidadito en cuanto lleguemos a la calle, porque tendré el dedo en el gatillo.

Le puse la mano bajo el brazo, ocultando así la pistola con que le apuntaba, y salimos a la calle. Él se colocó un pañuelo en la nariz, que goteaba sangre. El anticuado «Peugeot» nos aguardaba ya con el motor en marcha.

—Sube.

El tipo subió, y yo me acomodé junto a él en el asiento posterior, sin dejar de apuntarle. Judith estaba al volante.

—Llévanos a cualquier sitio tranquilo —pedí—. Por ejemplo, al Bosque de Bolonia.

Condujo a poca velocidad por entre el intenso tráfico y para que no se pusiese nerviosa no le hablé hasta que estuvimos al final de la avenida del Mariscal Foch, donde se podía conducir con más tranquilidad. Entonces pregunté:

—¿Cada cuándo te escribe Sigrid?

—Pues... cada quince días aproximadamente —respondió sin volverse.

—Ella es rica, ¿no? Vive en Riverside Drive y de su fortuna se encarga un administrador.

—Así es. Somos hijas de distinta madre, pero el padre es el mismo. Él era ciudadano americano y nos dejó una fuerte fortuna. Las dos nos dedicamos a estudiar Bellas Artes en la Sorbona, hasta que... alguien introdujo a Sigrid en el mundo de las drogas.

—Hasta que la zarpa la arrastró consigo —dije sombríamente—. Sí... porque es una auténtica zarpa la que os tiene sujetas al mundo del mal. Pero continúa, por favor. ¿Por qué se fue Sigrid a los Estados Unidos?

—Le prometieron que allí le sería más fácil conseguir la droga.

—¿Quién se lo prometió? ¿Lukas?

—No. Alguien que estaba por encima de él.

—¡Su nombre! —exigí.

—Lo ignoro. Lo he ignorado siempre, pero sé que era un hombrecillo aparentemente sin relieve y que, no obstante, dirigía

todo el tráfico en el interior del país. Si lo supiese lo diría. Ahora que he empezado a hablar, un detalle más no importa.

—¿Qué te pidieron a cambio de tu silencio?

—No era silencio solamente. Yo tenía que ayudarles ocultando en mi casa a algunos de sus elementos, cuando se hacían demasiado sospechosos a la policía. Dada mi posición, nadie podía recelar de mí. También me exigieron que esta mañana fuese a retirar la araña que alguien había puesto la noche anterior —y miró al tipo que estaba con nosotros, el cual palideció—. A cambio me prometieron que ellos mismos curarían a Sigrid. Efectivamente, las dos últimas veces me ha escrito diciendo que estaba ya en una clínica de desintoxicación, y que hacía grandes progresos. Yo he creído que eso era mejor que avisar a la policía... Sigrid hubiera muerto.

Había hablado girando la cabeza sólo a intervalos, pero se volvió de pronto al oír el rechinar de mis dientes.

—¿Qué te ocurre? —musitó.

—Para.

Detuvo el coche y se volvió hacia mí. Estaba mortalmente pálida.

—¿Qué ocurre? —repitió.

—Hace varias semanas que Sigrid está muerta. Es brutal y terrible decírtelo así, pero más vale que lo sepas de una vez. La obligaron a escribir esas cartas con fecha adelantada, antes de administrarle droga. Seguramente que todavía hay preparadas siete u ocho más. Pero la pobre Sigrid ya no existe. Y ella es, además, la mujer por la que siento deseos de morir.

Con voz entrecortada, mirándola a ella, pero sin dejar de apuntar a mi prisionero, le conté todo lo ocurrido en Harlem y le confesé cómo aquella maldita aventura había empezado para mí. No omití detalle, por vergonzoso que fuera. Y al final de mi relato sentí dolor porque supe que Judith me odiaría durante el resto de su existencia.

Me mordí los labios hasta hacerme sangre.

—Esta es mi historia, Judith, y por esto estoy aquí. He resuelto terminar con un balazo en la nuca, pero luchando contra la zarpa que os ha hecho prisioneras. Nada tiene valor para mí, excepto esa lucha. Y ahora... ¿vas a ayudarme?

Ella me miró con odio, pero dijo roncamemente:

—Sí.

El fulano que estaba a mi lado vio de pronto que las cosas se habían puesto demasiado feas, e intentó moverse. Llevaba un estilete en el calcetín, como en los viejos tiempos del Oeste los granujas llevaban un cuchillo en la bota. Cuando iba a sacarlo le sujeté la mano y con la otra le destrocé materialmente la cara, valiéndome de la culata,

Judith, horrorizada, gimió:

—¡Basta, basta!...

Ningún automóvil pasaba a nuestro lado en la ancha avenida. Golpeé al hombre en la nuca, dejándolo sin sentido, lo tumbé hecho un guiñapo en el fondo del coche y até sus manos con su propia corbata de seda, y sus pies con el cinturón. Luego dije a Judith:

—Vamos.

—¿Es que lo dejaremos aquí?

—No estará ni cinco minutos solo. Avisaremos a la policía.

Saltamos a la calle y desde un teléfono público llamé a la Prefectura.

Di la matrícula del coche y describí el lugar donde estaba estacionado. Dije también que el hombre a quien encontrarían dentro era uno de los «viajantes» especializados en el comercio internacional de drogas. Si registraban su equipaje encontrarían seguramente un doble fondo. ¡Ah! Y también valía la pena que revisasen los bultos que durante las próximas jornadas vendrían consignados a él.

Hecho esto, tomamos un taxi.

—Ya no podemos retroceder —dije a Judith—. Estamos lanzados en esta carrera y hay que seguir. Da la dirección de tu casa.

—¿Para qué?

—Necesitamos el «Floride».

—¿Por qué? Podemos ir al Carnavalet en este mismo taxi.

—Piensa que podrían ametrallarnos, y en ese caso el taxista sería una víctima inocente.

—Es cierto. No había pensado en ello.

Descendimos frente al edificio, de la muchacha, pagué y subimos al «Floride». Apenas lo habíamos hecho cuando un automóvil se acercó hacia nosotros en dirección contraria, vulnerando todas las leyes de la circulación.

Su misma ansiedad por acabar pronto le delató. Grité:

—¡Cuidado!...

Di un empujón a Judith y saqué la pistola. Gracias a que el «Floride» era descapotable, vi perfectamente el pildorazo que nos enviaban. Era una granada de guerra, atiborrada de metralla, y que caería justamente sobre nuestras rodillas. El pedazo más grande que iban a encontrar de nosotros cabría en un dedal.

Al empujar a Judith, yo había sujetado la pistola con las dos manos. A pesar de no tener los índices, así la mantenía bien firme. Introduje el dedo corazón derecho en el gatillo y alcé el arma. Todos mis nervios, todos mis músculos, estaban en tensión en aquel horrible momento. Hice fuego tres veces, instantáneamente, con los dientes apretados.

La tercera bala alcanzó a la granada, que estaba sólo a un par de metros de nuestro coche. La deshizo sin que llegara a estallar. La bala debió romper el punzón percutor o desplazar de sitio la masa de fulminante. El caso fue que el artefacto cayó a nuestros pies mansamente, sin peligro. Yo sentí como si mis músculos se desinflasen, pero la tensión había sido tan horrible que hasta tuve un desvanecimiento.

El automóvil desde el que habían intentado matarnos, un «Simca Versailles», pasó raudo a nuestro lado, reintegrándose a la corriente normal del tránsito.

Yo había visto apenas a sus ocupantes, principalmente a uno de ellos, que iba junto al conductor.

Con un soplo de voz dije:

—Nooooo...

Tenía la sensación de estar viviendo una horrible pesadilla

TRECE

JUDITH desembragó y sacó a gran velocidad el coche del aparcamiento. Todo el mundo había oído los disparos y todo el mundo intentaba localizar de dónde habían surgido... Rodamos en dirección contraria a la del «Versalles», dirigiéndonos hacia el Campo de Marte. Vi brotar en el cuello y las sienes de Judith unas frías gotitas de sudor.

—Han intentado matarnos...

—Lo intentarán otras veces. A partir de ahora nuestra piel no vale un centavo, muchacha.

—Pero estamos en París, la ciudad más importante de Europa... Podemos ir a la policía...

—Tal vez París sea la ciudad más importante, pero no es la más segura, muchacha. Aquí han muerto muchos hombres y mujeres en atentados terroristas, y nosotros no haremos más que incrementar el número. Incluso es posible que nadie haga demasiado caso al ver nuestros cadáveres. Pensarán que se trata de un ajuste de cuentas entre los argelinos y la O. A. S.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—Seguir solo.

Rodábamos ahora a buena velocidad en dirección a L'Etoile. Judith se volvió a mirarme.

—¿Solo? No te entiendo.

—Pues es sencillo, muchacha. No podemos acudir a la policía porque nadie nos hará caso. O mejor dicho, sí que nos harán caso, pero las investigaciones quedarán detenidas por el dinero de los traficantes e incluso por el pasaporte diplomático de alguno de

ellos. Mientras tanto, nos asarán vivos. No, Judith, aquí no cabe más que la acción directa, y ahora que hemos empezado hay que seguir. Pero quiero hacerlo solo, porque no hay razón para que tú te dejes la piel en esto.

—No se atreverán a...

—¿No se han atrevido ya? Y además, el grueso de la banda neoyorquina está en estos momentos en París, muchacha. Eliminarlos se ha convertido para ellos en una necesidad y en una cuestión de honor. He visto a Lukas en ese coche. Lukas... y alguien más.

—¿Quién?

—No puedo decirlo aún, no estoy seguro.

De pronto noté que Judith miraba por el retrovisor y sus facciones se atirantaban

—Nos siguen.

—¿Quiénes?

—Los del «Simca Versailles».

—Pero, ¿se atreverán a...?

—¿Y te sorprende? Tú mismo has dicho que nuestra piel no vale un centavo a partir de ahora. Nos han arrojado ya una bomba, y tendrán otras. Estamos más perdidos en esta ciudad que en medio de la selva.

Era cierto. En cuanto nos alcanzasen nos enviarían otra bomba o una ráfaga. Sí nos enviaban una bomba, no tendría yo tanta suerte como para deshacerla en el aire otra vez. Y en cuanto a una ráfaga, podía ser de resultados mucho más fatales aún. Íbamos en un escapable.

—No te alejes de las calles del centro —dije—. Hay que desorientarles. Tú conoces París mejor que ellos.

—Lo intentaré.

Y Judith lo intentó. ¡Diablos si lo intentó! Era una conductora muy hábil, y conocía París al dedillo. Se saltó un par de veces las luces, no matándonos por verdadero milagro, pero consiguiendo desorientar momentáneamente al «Simca». Sin embargo, pronto volvíamos a encontrarlo pegado a nuestros talones y buscando una oportunidad para pasarnos. El fulano que lo conducía conocía París al menos tan bien como Judith. Probablemente era un taxista.

Empezamos a sudar los dos.

—Hay que hacer algo —mascullé—. Hay que hacer algo...

—Lo que parece increíble es que esto pueda suceder en una ciudad de seis millones de habitantes. Que estemos más solos que en una isla desierta...

—Pues lo estamos, y hemos de arreglarnos por nuestros propios medios. Creo que mientras permanezcamos en el coche, no podremos desorientarles.

—¿Qué sugieres, entonces?

—Bajar en un sitio con varias puertas e intentar despistarlos. Por ejemplo, el Museo del Louvre. Conduce hacia allí.

Judith sacó velocidad al coche en el Quai de Conti, yendo hacía el Museo. Dos veces estuvo el «Simca» a punto de pasarnos, pero no pudo porque venían otros coches en dirección contraria. Una vez ante el Museo, dejamos el coche en un hueco inverosímil y saltamos a tierra. Los del «Simca» parecieron quedar desorientados durante unos segundos. Yo pagué la entrada y, llevando a Judith de la mano, eché a correr hacia el interior.

Aquello era como una pesadilla.

Interminables filas de turistas, a pesar de lo avanzado de la hora, examinaban con deleite las reproducciones de la Venus de Milo y la Victoria de Samotracia. Otros se encaminaban hacia las galerías de pintura, a ver La Gioconda. Nosotros corrimos hacia los pabellones egipcios, donde supusimos que debía haber poca gente a aquella hora, dispuestos a encontrar una salida.

—Hay otras puertas que no dan a las Tullerías —dije—. Creo recordar un viejo plano del Louvre que vi hace no mucho tiempo. Escaparemos por allí.

Llegamos ante una puerta secundaria, pero nuestros enemigos debían haber pensado lo mismo que nosotros.

Vimos a Lukas, al propio Lukas, y a un tipo con gabardina clara, apostados junto a la puerta. Allí había también un guardián del Museo, pero eso no significaba nada. Nos acribillarían en cuanto nos vieses.

—¡Cuidado!

Detrás de un grupo de altísimos turistas suecos, no llegaron a distinguirnos. Judith y yo volvimos hacia atrás. Nos miramos a los rostros surcados por gruesas gotas de sudor.

—No debiste haber venido conmigo... —susurré—. Esto va a ser

tu muerte.

Ella sonrió a pesar de todo. Me supo mal cuanto había hecho con ella, la desconfianza y el desprecio con que la traté en la habitación de la Rue Lepic.

Judith era la criatura más hermosa, más deseable y más pura que había visto nunca. Me daba cuenta de eso ahora, cuando los dos íbamos a morir.

—Tú lo has dicho —musitó—. Estamos ya metidos en la carrera y no podemos volver atrás. Te seguiré adonde vayas.

—Lo único que quiero es vengar a Sigrid y buscar un castigo por lo que hice. Tengo un plan.

—¿Cuál?

—No me han visto. Desde lo alto de las escaleras les vaciaré un cargador en la cabeza. Luego escaparemos tú y yo.

—No, podrás. Si te vieses, serían ellos los que te acribillarían a ti. Además, a ellos no les importa matar a un gendarme, y a ti, sí. Si algún policía llega a verte, te ametrallará antes de que sepas qué es lo que tienes que hacer.

—Ese es un riesgo necesario. Sea como sea, tenemos que salir de aquí.

Estábamos en una sala casi vacía. En aquel momento vimos al tipo de la gabardina clara aparecer en la puerta.

Miró a un lado y a otro, sin vernos en el primer instante. Di un empujón a Judith y nos encontramos los dos tras un sarcófago egipcio.

—¿Y ahora qué hacemos? —susurró Judith—. Desde aquí sí que no puedes disparar. Los guardianes cerrarían automáticamente las puertas.

—Él no puede disparar tampoco.

—Quizá lleve una pistola de aire con una aguja envenenada. Sé que las han usado otras veces.

La miré a los ojos sintiendo que el sudor corría por mis facciones. Judith no podía evitar que castañetearan sus dientes. Asomándome por un recodo del sarcófago vi que el pequeño grupo de visitantes de la sala se había marchado, y que ahora no quedábamos más que nosotros y nuestro presunto asesino.

Tenía que hacer algo. ¡Tenía que hacer algo inmediatamente!

Oí sus pasos que se acercaban. Caminaba cautelosamente, como

al acecho. Debía llevar ya en su mano el arma.

—Tengo una idea —dije en un susurro mirando a Judith—. Conservas todavía la araña metida en la red, ¿verdad?

—Sí.

—Dámela. Ya no hay peligro.

La muchacha abrió su bolso y me la dio con visible repugnancia. Yo la tomé en mi mano derecha. De pronto me puse en pie y vi al tipo.

Estaba apenas a cinco pasos de nosotros. Tenía una pistola muy extraña, como si fuese de madera, en la mano derecha.

Lancé una carcajada triunfal, como si estuviera muy seguro de mí mismo, y le arrojé a la cara la monstruosa araña.

El tipo escupió un alarido infrahumano, mientras dejaba caer la pistola. No se le ocurrió pensar que la gigantesca araña estaba muerta. De pronto la vio caer a sus pies, inmóvil, y entonces, lanzando un grito de rabia, quiso sacar la automática que llevaba en su funda axilar.

No le dejé.

Apreté el gatillo de la pistola de madera, y sonó algo parecido a un taponazo. La diminuta aguja envenenada debió clavarle en la mejilla del «gangster», porque vi aparecer allí una mancha roja, mientras todo su cuerpo se ponía en tensión como un arco. Ya no se movió más. Sus ojos se volvieron instantáneamente del color del vidrio sucio.

—¡Judith! ¡Vamos, Judith!

Ella corrió junto a mí, mirando horrorizada el cadáver que debió haber sido el mío o tal vez el suyo.

En la puerta estaba Lukas. Nos miró con ojos desencajados al vernos aparecer. Hizo un gesto, pero yo llevaba la mano derecha en el bolsillo de la americana y comprendió que le estaba apuntando. Cuando uno ha probado a apretar el gatillo con el dedo corazón, no lo hace mal del todo. Lukas se retiró a un lado de la puerta, mientras un gendarme se acercaba calmamente con las manos a la espalda. Comprendí que, si disparaba contra Lukas, tendría que tirar contra el gendarme también, porque éste dispararía sin preguntar. Y con mis manos mutiladas yo no estaba seguro de acertar bien y herirle solamente. Quizá tuviera desgracia y le matase.

Salimos, mientras Lukas corría ridículamente en dirección al «Simca», estacionado casi, una manzana más allá.

—Corre, Judith. Les despistaremos.

La muchacha hizo una hábil maniobra, y pronto salimos a la Rue Rivoli. Desde allí volamos hacia la Rue Saint Antoine, buscando perdernos en el dédalo de callejas que forman el barrio obrero de París, de donde salieron los «sans coulottes» en la Gran Revolución y los de todas las revoluciones posteriores. Doblamos por la hermosa plaza de los Vosgos. Pero cuando ya suspiraba, creyendo haberles dado esquinazo, vi el «Simca» detrás nuestro otra vez.

¡Eran diabólicos! ¡Parecía como si nos adivinasen el pensamiento!

Lancé una maldición y dije a Judith:

—¡Acelera!

La muchacha corrió todo lo que pudo por las calles del viejo barrio judío, doblando esquinas como una frenética para esquivar la persecución. Pero no pudo. Al contrario, la distancia se acortaba.

Dentro del coche habían sufrido una baja, pero todavía eran bastantes para destrozarnos. Sobre todo si llevaban bombas.

Volvimos por la Rue Saint Antoine y frente a la torre de Saint Jacques tomé una decisión. Puesto que tenía que haber disparos, que los hubiese cuanto antes. Yo estaba en mejor posición porque tenía un automóvil descapotado. Dije a Judith que condujera hacia un sitio tranquilo a toda la velocidad posible.

—¿A qué sitio tranquilo quieres decir? ¿Es que vas a hacerme el amor?

—No estamos para bromas ahora. Solo quiero un sitio donde no haya policías. Les enviaré una bala a un neumático delantero.

—Entonces volvamos al Bosque de Bolonia.

Nos adentramos en el torbellino de la Concordia, doblamos a la izquierda y de pronto nos encontramos camino de la torre Eiffel. Yo no sabía si Judith elegía los caminos más cortos o simplemente aquellos en los que pudiera despistar mejor a nuestros perseguidores. Sólo sabía que París —la ciudad maravillosa de los folletos turísticos— se estaba convirtiendo para mí en una horrible pesadilla.

Llegamos casi al pie de la torre Eiffel.

¡Y entonces fuimos nosotros los que nos quedamos sin rueda

delantera!

¡Se oyó un estallido, Judith perdió la dirección, y nuestro coche quedó volcado casi junto a uno de los enormes pilares de la torre!

CATORCE

No podíamos elegir. Los del «Simca» se acercaban.

—¡Vamos, Judith!

Corrimos hacia la torre. Un guardián nos cortó el paso.

—¡Eh! ¡No se puede subir porque hay unos cables en reparación!
¡Los ascensores no funcionan!

Le di un empujón y empezamos a ascender por las escaleras. Judith perdió uno de sus hermosos zapatos. Jadeando, se quitó el otro. Vimos que tres hombres, uno de ellos Lukas, subían también en pos nuestro, dando asimismo un empujón al guardián.

Miré arriba, mientras el aire faltaba a mis pulmones. En las alturas, sólo los centenares y centenares de peldaños de la torre. Luego, nada.

Abajo, tres hombres armados y dispuestos a todo. Sobre todo uno de ellos, el jefe de Lukas, al que yo había reconocido ya.

¡Estábamos acorralados!... ¡Habíamos caído en la trampa!

—No podíamos haber venido a ningún sitio peor —dijo Judith, ya sin aliento, mientras continuaba subiendo—. ¡Dios mío! ¡Estamos perdidos!

—Ellos también lo están. Los acorralarán.

—Eso no me sirve de ningún consuelo...

—Sé que voy a morir, pero casi estaría alegre sabiendo que ellos van a caer también para siempre. Si no fuese por ti, muchacha, éste sería... un momento hermoso.

Llegamos a la altura del primer piso. Nuestros pulmones silbaban. Nos faltaba el aire y empezaba a formarse espuma en nuestra boca. Aún quedaban dos pisos más, pero... ¿para qué? ¿Qué

podíamos conseguir?

La inmensa torre parecía estar vacía. El viento de la tarde aullaba entre los andamiajes.

De pronto aulló algo más.

Oímos el tintinear cerca de nuestras cabezas y yo intenté proteger a Judith:

—¡Cuidado! ¡Disparan!

Me tendí en los peldaños, rabiosamente, y sujetando la pistola con ambas manos, hice fuego a mi vez. El hombre que iba delante, al descubierto, se llevó las manos al pecho.

Oí un alarido estremecedor.

Caer desde la torre Eiffel no es ninguna ganga, aunque sea desde el primer piso solamente. El hombre quedó aplastado contra el suelo, en torno a un grupito de gente que ya se iba formando. Yo lo veía todo de un raro color gris, como se ve en las películas viejas y en las pesadillas. Volví a subir, intentando reunirme con Judith, que me llevaba un tramo de ventaja.

Pensé que la costura de sus medias era la línea más bonita que había visto. Pensé que sus piernas, su cuerpo todo, eran una delicia. Pero; ¿de qué servía pensar eso ahora? ¿De qué, si iba a morir?

Lukas hizo fuego con una pistola ametralladora, y la ráfaga barrió los peldaños junto a nuestros pies. Debido a tener que tirar hacia arriba y en posición forzada no podían precisar la puntería, pero era evidente que nos alcanzarían de un momento a otro. Sólo con que una bala nos rozase un pie, estaríamos perdidos.

Y una bala me rozó un tobillo, produciéndome un dolor insufrible y haciéndome lanzar un grito de angustia...

¡Aquello era el fin!

Oí sirenas abajo, y vi confusamente cómo, al pie de la torre, se estacionaba un vehículo de la policía. Era el fin para mí, pero también para aquellos dos granujas. ¡Si pudiera salvarse Judith! ¡Cielo santo! ¡Si pudiera salvarse ella!...

—Sube... —farfullé, mientras me sentaba en los peldaños—. Sube, muchacha...

—No puedo dejarte... No...

—¡Sube! ¡Ya están ahí!

Ella lanzó un grito, mientras Lukas disparaba otra ráfaga. Una bala le cercenó un dedo a Judith y a mí me arrancó cabellos de la

cabeza. A aquella distancia Lukas tuvo que habernos matado, pero estaba reventado también, y le temblaban las manos.

En cambio, a mí no me temblaban. Para mí aquello era fiesta.

Apretando el arma entre la izquierda y la derecha, hice fuego a mi vez.

Lukas cayó, alcanzado en la cabeza, y oí su alarido estremecedor mientras se desplomaba desde una altura de ciento veinte metros. Judith también gritó. Y gritó el hombre que venía detrás de Lukas.

Yo solté el arma y me abalancé sobre él, con mis ocho dedos crispados. ¡Con los dedos que él aún no me había podido cortar!

Rodamos los dos por los peldaños, al borde del abismo. Yo vi su rostro desencajado y su cuello de serpiente. Apreté. Apreté rabiosamente mientras él intentaba clavarme los dedos en los ojos, loco de horror. Dimos varias vueltas, mientras los peldaños traqueteaban en los tramos inferiores, bajo las fuertes pisadas de los policías.

—Vamos a morir... Vamos a morir los dos. ¡Cobarde!

Logré esquivar su zarpazo y, soltándole un momento, pude clavar el canto de mi mano en su cuello, con un impacto estremecedor. Sentí su cuerpo arquearse bajo el mío.

—¡Y esta vez no vas a morir con balas de mentira, con balas de fogueo que sólo contenían pólvora! Pensabas engañarme así, ¿eh, canalla? Pensabas desaparecer por una larga temporada, alejando de ti todas las sospechas...

Dimos otra vuelta y de pronto sentimos el vacío bajo nuestros cuerpos.

Yo pude aferrarme a uno de los barrotes, quedando colgado, mientras aquel hombre caía, lanzando un grito de pesadilla... ¡mientras caía al abismo el hermano de Gus, el hombre a quien sus propios «gangsters» habían fingido matar delante de mis propios ojos!

* * *

Ciego por la fatiga, destrozado, hundido, esperé tumbado en los peldaños a que los agentes vinieran a recogerme. A partir de aquel momento, ya nada me importaba. Judith estaba viva y aquellos tipos habían muerto todos.

Cerré los ojos.

—¡Vamos! ¡Abajo con él!

—Trátenlo con cuidado.

«Trátenlo con cuidado...» Una voz de hombre... ¿Quién podía pedir que me tratarasen con cuidado a mí? ¿Quién, por todos los cielos?

Abrí los ojos y me encontré ante el teniente Hodgson. El teniente Hodgson, que sonreía...

—Diablos, Larry, en buen lío va a meter usted a la Embajada. Decidimos darle un poco de cuerda, pero no tanta. Se ha cargado usted a toda la rama neoyorquina del «gang» de las drogas, muy bien. Pero, ¿cómo explicamos todo esto a las autoridades francesas?

Como si estuviera soñando, recité:

—Las autoridades... francesas...

Y perdí el conocimiento. Pero nunca me he quedado tieso más a gusto.

Palabra.

EPÍLOGO

EN el cementerio había una cruz, y bajo la cruz una lápida con un simple nombre: «Sigrid».

Me detuve allí y uní en silencio mis dos manos mutiladas. Era toda la ofrenda que le podía hacer a la muchacha, ya que no había podido hacerle ofrenda de mi propia vida. Aquellas manos eran el recuerdo de mi pecado, eran el justo castigo por algo malo que hice una vez.

Bajo los sauces que daban al cementerio un aspecto de jardín, las lápidas eran, sin embargo, infinitamente tristes. Con la cabeza hundida, vi a lo lejos las luces de Nueva York. Nueva York, donde tantas cosas buenas y malas eran posibles.

El silencio era pavoroso, era inaguantable. Yo lo sentía como clavado en mi alma.

De pronto, oí unos pasos.

Unos quedos, dulces y alentadores pasos.

Judith apareció junto a mí y estrechó una de mis manos.

—No sabía que conocieras el sitio — susurró.

—Fue lo primero que pregunté al venir a Nueva York.

Salimos en silencio, después de rezar unos instantes. Me sentía alegre al ver a Judith, pero infinitamente triste también porque sabía que no volvería a verla, que lo nuestro había terminado. De pronto, ella musitó:

—Toma. Te he comprado una máquina para cuando vuelvas a trabajar. Este es el resguardo para que la recojas. La que tienes es muy vieja.

La miré, asombrado.

—¿Cómo sabes que la que tengo es vieja? ¿Cómo sabes siquiera dónde está mi apartamento?

—Fue lo primero que pregunté —dijo ella, con una suave sonrisa — al venir a Nueva York.

Yo sonreí también, y marchamos de allí con las manos unidas.

Fue la vez que he dado la mano a alguien más a gusto.

Y de esto también digo: ¡palabra!

FIN

Joe Mogar

NO MATES A UN PERIODISTA



Precio:
7 ptas.

Aparecerá la próxima semana
en esta misma colección

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Selecciones



Una nueva colección
que sólo publicará éxitos

Las mejores novelas
editadas en la colección S. S.
durante 12 años.

EDITORIAL BRUGUERA S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLEC. "PIMPINELA"
555 — M. Esperanza Neyra
MI DULCE AMADA

COLEC. "MADREPERLA"
731 — María Morgan
BUSQUEDA A PLENO SOL
COLECCION "ROSAURA"
675 — May Carré
HAY QUE CASAR
A PATRICIA

COLECCION "AMAPOLA"
562 — Corín Tellado
ELLA VOLVERA

COLECCION "ALONDRA"
494 — Nylhama
ANSIAS DE CARISO

COLECCION "CAMELIA"
437 — Carlos de Santander
¡EL TIEMPO ES ORO!

COLECCION "CORAL"
120 — Corín Tellado
EL PROBLEMA DE SARA

COLECCION "CORAL"
231 — Corín Tellado
LAS NOCHES DE AUDREY

COLECCION "CORAL"
4 — Corín Tellado
UNA MUJER AMBICIOSA

COLECCION "RISORTE"
776 — Joe Sheridan
REFUGIO DE CONDENADOS

COL. "SERVICIO SECRETO"
640 — Joe Morar
IDILIO SANGRIENTO

COLECCION "BUFALO"
473 — M. Lafuente Estefanía
UNA BUENA
OPORTUNIDAD

COLECCION "TEXAS"
341 — M. Lafuente Estefanía
TENIA QUE MATARLE

COLECCION "CALIFORNIA"
310 — Keith Luger
EL PATILARGO

COLECCION "COLORADO"
265 — Alf. Regalado
EN EL VALLE
DE LA MUERTE

COLECCION "KANSAS"
231 — M. Lafuente Estefanía
PONER DE "COLT"

COL. "HEROES DEL OESTE"
213 — M. Lafuente Estefanía
PISTOLERO EN EL RIO

COLEC. "ASES DEL OESTE"
182 — Fidel Prado
DE MALA RALEA

COLEC. "BRAVO OESTE"
95 — Meadow Castle
EL TIGRE DE NEWTON

COLEC. "PUNTO ROJO"
29 — Silver Kane
LA ZARPA

C. "SEL. SERV. SECRETO"
7 — Peter Debry
GONGO KONG

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona
Hipólito Irigoyen, 643 - Buenos Aires